

PLAN DE FORMACION AGUSTINIANA
Ratio Institutionis Ordinis Sancti Augustini¹
Roma 1993

Introducción

Uno de los objetivos programáticos que el Consejo General se ha fijado como prioritario al comienzo de su mandato ha sido la elaboración de una *Ratio Institutionis* para la Orden. El Consejo General, tomando en consideración la legislación de la Iglesia y las decisiones del Capítulo General Ordinario (prop. 23), ha querido unir en un mismo propósito la disposición capitular, interpretándola a la luz del Derecho común. En consecuencia encomendó la tarea de elaborar una *Ratio Institutionis* a una comisión internacional formada por el P. Pietro Bellini como coordinador y los siguientes representantes de las diversas Asistencias: PP. Emmanuel Borg Bonello (I), Domingo Natal (II), Tarsicio van Bavel (III), John Huges (IV), Gregorio Gallardo y Martín Gadea (V), y Theodore Tack (VI). La Comisión ha elaborado diversas redacciones del documento, con gran participación de toda la Orden. Ha sido objeto específico de estudio en un congreso internacional de formadores, celebrado en Roma en julio de 1992.

Con algunas leves modificaciones, el Consejo General ha hecho propia la cuarta redacción del documento, aprobándolo con carácter experimental, hasta el próximo Capítulo General Ordinario de 1995.

Por su propia naturaleza, la *Ratio Institutionis* es un instrumento para la formación, que ofrece los elementos que se juzgan esenciales para una formación agustiniana. Por voluntad de la Comisión y del Consejo se han excluido expresamente de este documento tanto los aspectos generales de la formación, como los netamente locales. Los primeros porque pueden encontrarse en las orientaciones de la Iglesia y en la amplia bibliografía existente en cualquier lengua sobre las exigencias del proceso formativo. Los aspectos particulares porque un documento de este género no puede sustituir ni anular las peculiaridades locales, ni las exigencias de inculturación que deben acompañar todo proceso formativo. Su orientación es pues exclusivamente *agustiniana*, y pretende configurar los elementos de espiritualidad agustiniana que deben caracterizarnos en cualquier contexto histórico o social.

Las diversas circunscripciones de la Orden deberán revisar sus planes particulares de formación antes del Capítulo General próximo, para inspirarlos en los principios contenidos en este documento. Los PP. Asistentes Generales tienen el cometido de acompañar este proceso de adaptación y de presentar sus resultados al Consejo General.

Este documento nace en el contexto de una reflexión de la Orden sobre sí misma, que ha iniciado con la vuelta a las fuentes propiciada por el Concilio Vaticano II y que se ha plasmado particularmente en la nueva edición de las Constituciones. Responde, en consecuencia, al deseo de ofrecer un camino *agustiniano* de formación, con toda su riqueza, como herencia y futuro de las generaciones nuevas. En ese sentido la *Ratio Institutionis* puede significar una ayuda para nuestra propia autocomprensión y para configurar una conciencia más clara de nuestra propia identidad. Su estudio en cursos de formación permanente o en capítulos de renovación comunitaria puede ayudar en ese útil proceso de clarificación y fomento de la propia identidad y misión en la Iglesia.

¹ Aprobado *ad experimentum* por el Consejo de la Orden en 1993, y definitivamente confirmado por el Capítulo General Ordinario de 1995.

En el documento prima la inspiración en San Agustín sobre la tradición jurídica e histórica de la Orden, que es también parte importante de nuestra identidad. Consideramos legítimo y necesario este recurso a San Agustín. La Regla que dio a sus seguidores y la espiritualidad que plasmó en sus fundaciones monásticas constituye sin duda lo mejor de una herencia espiritual que debemos recuperar y fomentar. Dentro de ese rico patrimonio es igualmente válido enfatizar aquellos valores que presentan hoy particular significación para el hombre contemporáneo. La fidelidad a un carisma obliga a leer los signos de los tiempos y a encontrar en la propia espiritualidad las orientaciones que resultan más válidas y significativas para el momento presente. De ese modo, la *interioridad*, la *comunidad* y la *misión*, como componentes esenciales de nuestra identidad agustiniana, mantienen su validez permanente porque adquieren una expresión actual por medio de la vuelta a San Agustín.

El Consejo General, al presentar gozoso este documento, fruto de una amplísima participación de toda la Orden, confía en que pueda cumplir los fines para los que ha sido redactado y aprobado.

Afectísimo en San Agustín,
Roma, 28 de Agosto de 1993.
Miguel Angel Orcasitas
Prior General O.S.A.

SIGLAS DE ABREVIATURAS DE LOS DOCUMENTOS

AAS	Acta Apostolicae Sedis
CA	Centesimus Annus
CIC	Código de Derecho Canónico
CL	Christifideles laici
Const.	Constituciones O.S.A. 1990
LG	Lumen Gentium
PC	Perfectae Caritatis
PI	Potissimum Institutionis. Orientaciones sobre la Formación en los Institutos Religiosos, Vaticano, Edición Políglota, 1990.
RC	Renovationis causam
NB.	<i>Las obras cuyos autores no se citan son de San Agustín.</i>

PARTE I INTRODUCCION

1. Finalidad de este Plan

1. Con el fin de asegurar una fundamentación y una identidad agustiniana comunes y facilitar el trabajo del personal de formación, el Capítulo General Ordinario de 1989 determinó que se debía redactar una "Ratio Institutionis" o *Plan de Formación Agustiniana* para toda la Orden.

La necesidad de este Plan está también expresada en el *Código de Derecho Canónico*² y ha sido urgido recientemente por la Santa Sede a través de su documento *Orientaciones para la Formación en los Institutos Religiosos* (PI 4).

2. El presente Plan pretende integrar y detallar lo que está ya contenido en las *Constituciones*³, concretar más claramente los elementos esenciales de la Formación Agustiniana, presentar los principios y las líneas orientadoras de la Formación que se

² CIC 646; 650, 1; y especialmente 659, 2-3.

³ Especialmente *Const.* 206-221.

basan en la espiritualidad agustiniana y aplicarlas a las distintas etapas de crecimiento en la vida religiosa agustiniana. Es de esperar que este *Plan* contribuya también a promover una mayor unidad de espíritu y de ideales dentro de la Orden. No obstante, es necesario decir aquí que todo este material se presenta de una forma muy condensada. Para sacarle el máximo provecho y aplicarlo de modo apropiado a las diversas circunstancias locales, será necesario un estudio serio y una meditación adecuada del mismo.

3. Nuestra Orden goza de una gran riqueza espiritual, no solamente por su herencia y tradición agustinianas, sino también por la riqueza de la diversidad cultural de sus miembros. Este *Plan* desea respetar plenamente esa diversidad. De hecho, este *Plan* es también en cierto modo el fruto de esa diversidad, ya que la aportación y la experiencia de los agustinos de todo el mundo han contribuido a su desarrollo. Teniendo en cuenta, además, que la Formación se debe desarrollar en distintas circunstancias según las diversas naciones y jurisdicciones de la Orden, las orientaciones generales aquí propuestas tendrán que ser complementadas con un *Plan de Formación* propio que ha de redactarse en las distintas jurisdicciones. Este *Plan* propio deberá tener en cuenta lógicamente tanto las circunstancias socioculturales y locales como la vida de la Iglesia local.

2. A quién va dirigido

4. Este *Plan* está principalmente pensado para los Superiores Mayores, para los formadores, equipos de formación y sus colaboradores a todos los niveles, y para aquellos que se encuentran en periodo de formación. Pero como el verdadero crecimiento de nuestros candidatos y de todos los que se encuentran en las distintas etapas de formación *“no puede llevarse a cabo sin la cooperación atenta e incansable de toda la Familia Agustiniana”*⁴, se urge a todos los hermanos a tomar conocimiento de los contenidos de este *Plan*. De la misma manera, todos deberían tomar conciencia de cuán importante es el ejemplo de cada uno para afirmar a aquellos que se hallan formándose en la vocación que han abrazado libremente como respuesta a la llamada personal de Dios⁵.

3. Objetivos generales de la Formación

5. El fin primario de toda formación cristiana es la unión con Cristo, ahora y por siempre. Los religiosos tratan de conseguir este objetivo común a todos a través de la profesión de los consejos evangélicos. De este modo se esfuerzan por seguir más de cerca al Señor, que no dudó en humillarse a sí mismo y hacerse pobre por nosotros y que no vino a ser servido sino a servir⁶. Cuando caminamos hacia esta meta mediante la vivencia en la fe de nuestra profesión religiosa, *“nos convertimos en un auténtico signo para todo el Pueblo de Dios y damos testimonio de una nueva vida que comienza ciertamente en este mundo... (y) somos un ejemplo vivo y permanente de la forma de vida que el Hijo de Dios aceptó al venir a este mundo para hacer la voluntad del Padre”*⁷ y que El mismo propuso a los discípulos que lo siguieron⁸.

6. Este fin primario de toda vida religiosa reviste características aún más específicas para aquellos que experimentan una llamada a vivir una vida consagrada como agustinos. La formación agustiniana no busca solamente llevar a plenitud

⁴ *Const.* 235.

⁵ Cfr. *Const.* 201.

⁶ Cfr. Fil 2,4-9; 2Cor 8-9; Mt 20, 20.

⁷ Cfr. Jn 5,30; Heb 10,7.

⁸ LG 44, *Const.* 55.

nuestra consagración bautismal mediante la profesión pública de los votos⁹, sino que se propone hacerlo específicamente siguiendo el ejemplo y la enseñanza de san Agustín y de una sana tradición agustiniana. Esta se basa tanto en el pensamiento de san Agustín como en la orientación que la Iglesia dio a la Orden cuando nos confirió existencia jurídica en los años de 1244-1256. Esta tradición también está apoyada en el ejemplo vivo de eminentes agustinos tanto del pasado como del presente¹⁰. Al formarnos siguiendo estas líneas, cada uno de nosotros, individualmente y como miembros integrados en la Orden, conseguiremos una clara identidad agustiniana.

7. Esta identidad agustiniana será especialmente evidente si imitamos a san Agustín en estos aspectos específicos:

a) en su gran preocupación por la necesidad de una búsqueda constante de Dios por medio de una profunda vida interior¹¹ y un amor práctico al prójimo¹²;

b) en su amor a la verdad, que requiere una sincera dedicación al estudio;

c) en el impulso que él comunicó a sus seguidores para vivir de todo corazón su “*santo propósito*” de una vida casta en comunidad, de acuerdo con el modelo de la primera comunidad de Jerusalén¹³;

d) y en su profunda fe y en su singular amor a la Iglesia como madre¹⁴.

Esta identidad agustiniana se puede resumir en la búsqueda de Dios en una comunidad en la que compartimos nuestra fe y nuestra vida, y de la cual recibe su impulso y su valor el servicio que de todo corazón desempeñamos en la Iglesia y en el mundo.

8. Todo esto requiere, pues, que la formación sea integral y dure toda la vida. Se ha de prestar por lo tanto la debida atención en todo momento a las distintas dimensiones de nuestra vida: como hombres, como cristianos, como agustinos y como agentes de apostolado.

a) Como *hombres*: se debe dar un cuidado apropiado a la salud corporal, a un adecuado desarrollo moral, intelectual, emocional y espiritual; a la necesidad de poder proseguir las relaciones personales con familiares y amigos.

b) Como *cristianos*: aunque el crecimiento cristiano presupone el crecimiento humano, exige también el desarrollo continuo del lugar que cada uno ocupa en la vida del Cristo Total. En el pensamiento de Agustín, este Cristo Total es primeramente la Iglesia, pero se extiende también a todos los seres humanos a causa del amor de Dios que a todos abraza¹⁵. Una vocación religiosa nace siempre dentro de la Iglesia y se vive necesariamente en la Iglesia por medio de la fe, la oración, y las buenas obras.

c) Como *agustinos*: nuestro crecimiento como agustinos tiene lugar no sólo en la realidad histórica de una parte de la Orden, sino también en la comunidad de toda la Orden “*que es la expresión más fuerte de nuestra familia religiosa*”¹⁶. Una auténtica identidad agustiniana se podrá establecer por medio de la vivencia de la espiritualidad agustiniana, que quedará perfilada en las siguientes secciones de este *Plan*, y sobre todo en la segunda parte.

d) Como *agentes de apostolado*: dado que la Iglesia nos llamó desde nuestros orígenes, a ser una “*fraternidad apostólica*”¹⁷, el apostolado es “*una dimensión integral*

⁹ Cfr. *Const.* 53.

¹⁰ Cfr. *Const.* 20-21.

¹¹ Cfr. *Const.* 32-35.

¹² Cfr. *Const.* 23, 39-41.

¹³ Cfr. Hech 4,32-35; *Serm.* 355, 2; En. in ps. 99, 11.

¹⁴ Cfr. *Const.* 54.

¹⁵ Cfr. *In Joa. ep.* 1, 2; *Serm.* 341, 1, 1.

¹⁶ *Const.* 9.

¹⁷ *Const.* 10.

de nuestra vida religiosa” en la que encontramos “una expresión y un alimento del amor de Cristo”¹⁸. Formarse como agentes de apostolado en la Orden exige comprender que “aunque los trabajos apostólicos están asignados a personas individuales, se deben realizar como encomendados a la comunidad”¹⁹. Más aún, dado que el apostolado abarca toda nuestra vida, va mucho más allá de la mera actividad e incluye tanto la oración comunitaria como la personal, así como el estudio²⁰. La formación para el apostolado debe tomar además seriamente en cuenta, y de una manera especial, el compromiso evangélico de la Orden con los pobres y su preocupación por la justicia social²¹.

9. Esta formación plena de la persona, que hemos expuesto a grandes rasgos, no debe encerrarnos en nosotros mismos. Más bien debe llevar a todos los Agustinos, tanto a los más jóvenes como a los más experimentados, a estar siempre abiertos al crecimiento permanente y a los desafíos, con frecuencia dramáticos, del mundo en que vivimos. Perfectamente consciente de estos desafíos, la Orden adoptó una posición clara en el Capítulo General de 1989 para ayudarnos a prepararnos para el nuevo milenio que se acerca. Nuestro Santo Padre el Papa Juan Pablo II, ha insistido una y otra vez en la necesidad que tiene el mundo moderno de aceptar estos desafíos a través de una “nueva evangelización”, en la cual la doctrina social de la Iglesia (CA 5,2) así como el principio de solidaridad entendido como el compromiso por el bien común de todos (CA 10; CL 42), debe jugar un mayor papel.

4. Principios básicos de una visión agustiniana de la Formación

10. Dado que el modo como realizamos las cosas puede ser tan importante como el fin que deseamos conseguir, la formación y el crecimiento de los que hemos hablado más arriba se conseguirán más fácilmente si no perdemos de vista algunos principios agustinianos fundamentales:

a) el conjunto de la Formación debería desarrollarse en una atmósfera comunitaria que sea a la vez atractiva y exigente;

b) mientras que el respeto a la persona es ensalzado en la *Regla*, necesita ser equilibrado con el respeto a la comunidad²², y esto porque la comunidad es el lugar de nuestro común encuentro con Dios, un encuentro que se realizará más plenamente si nos esforzamos por vivir en unidad y armonía²³.

c) una fuerte vida de oración vivida en comunidad, centrada en la celebración diaria de la Eucaristía cuando sea posible, debe enriquecerse con el esfuerzo de cada uno por adquirir una profunda vida interior²⁴. Debería existir también un tiempo amplio dedicado al estudio, al diálogo, a compartir la fe y las experiencias de apostolado;

d) el amor a Dios y a la Iglesia, si bien se expresa en actividades concretas según las necesidades de la Iglesia local, debe comenzar por la comunidad misma, donde este amor se manifestará sobre todo en un compromiso práctico de amor a los propios hermanos²⁵.

5. Fuentes de la Formación

¹⁸ *Const.* 41.

¹⁹ *Const.* 162.

²⁰ *Const.* 157.

²¹ Cfr. Capítulos Generales de 1980, 1983 y 1989 en ACTA O.S.A.

²² Cfr. *Regula* 5,2.

²³ Cfr. *Regula* 1.

²⁴ Cfr. *Const.* 35, 95-107.

²⁵ *Regula* passim.

11. Las fuentes de la Formación son abundantes. La Sagrada Escritura y las enseñanzas de la Iglesia, especialmente las contenidas en el Concilio Vaticano II y los documentos postconciliares, ofrecen abundante material relacionado con la Formación. Pero entre nosotros debe prestarse particular atención a las fuentes agustinianas: los escritos de san Agustín, sobre todo los que se refieren a la vida religiosa; obras sobre san Agustín que ilustran su pensamiento y su ejemplo; la Historia de la Orden; las *Constituciones* de la Orden, y libros y artículos que tratan de nuestra espiritualidad y tradición. Una selección de estos escritos se recoge en la Bibliografía contenida al final de este documento. Otros escritos de esta naturaleza disponibles en distintas naciones deberían ser indicados en los *Planes de Formación* propios de los que se ha hablado antes²⁶.

PARTE II

ELEMENTOS BASICOS DE LA FORMACION AGUSTINIANA

12. Cuando hablamos de "*Formación Agustiniana*", entendemos una Formación impartida teniendo en cuenta los acentos específicos que Agustín dio al mensaje de Cristo y que nos revelan su ideal. De ninguna manera Agustín pretende ser el centro de nuestras vidas. Tal centro no es otro que Cristo y su Evangelio. No obstante, la fe en Cristo no se vive de una forma abstracta, sino siempre de un modo personal, como vemos por las diferencias entre Mateo, Marcos, Lucas, Juan y Pablo. Diferentes espiritualidades o carismas actúan en estos autores, pues cada uno de ellos insiste en aspectos diferentes del mismo mensaje.

Este fenómeno se repite a través de toda la historia del Cristianismo. Incluso hoy encontramos nuevas formas de espiritualidad, esto es, nuevos énfasis en este o aquel valor evangélico. Pero estos énfasis personales son siempre limitados. No abarcan la totalidad de la vida cristiana, y cuando no son ya adecuados para nuestro tiempo tenemos que buscar otros.

13. En primer lugar, la Formación Agustiniana debería fomentar en los hermanos el amor y el arraigo en la Sagrada Escritura. Las Escrituras jugaron un papel muy importante en la vida de Agustín después de su conversión, conforme las fue estudiando y progresando en su comprensión. En ellas buscó el fundamento y la inspiración de su estilo de vida, de su espiritualidad, de su contemplación y de su teología, como lo expresa en sus *Confesiones*: "*Que tus Escrituras sean mi delicia... Tu voz, mi felicidad*"²⁷. "*Deberíamos hacer un nido en nuestros corazones para la Palabra de Dios*"²⁸. Agustín puso toda su educación clásica y retórica al servicio de la Palabra de Dios. La Biblia, y especialmente los Salmos y el Padrenuestro, fueron la fuente de su oración personal. Familiarizar a sus fieles y a sus monjes con la Biblia fue considerado por él como la mejor contribución que podía hacer a su formación. El ejemplo de Agustín en el amor y el uso de las Escrituras nos ofrece una valiosa orientación para nuestras propias vidas.

14. Es alentador para nosotros que el mismo Agustín haya indicado muy claramente el objetivo de sus comunidades religiosas. Su modelo fue la primera comunidad cristiana de Jerusalén tal y como es descrita en Hch 4,32: "*tener una sola alma y un solo corazón*" en nuestra común búsqueda de Dios. "*Cómo queremos ordenar nuestra vida y cómo, con la ayuda de Dios, la estamos viviendo nosotros, es bien conocido a muchos de vosotros por la Sagrada Escritura. No obstante, para refrescar vuestra memoria, debemos leer el importante pasaje de los Hechos de los*

²⁶ Cfr. supra, n. 3.

²⁷ Conf. 11, 2, 3.

²⁸ Serm. 343, 1.

*Apóstoles*²⁹. Agustín consideró importante revivir este ideal en su propio tiempo, y vio en ello una contribución decisiva a la instauración del Reino de Dios entre los hombres. Basta con mirar al mundo que hoy nos rodea para darse cuenta que este ideal no ha perdido en absoluto nada de su actualidad.

Es característico de Agustín añadir a la idea de *“una sola alma y un solo corazón”*, tomada de los Hechos de los Apóstoles, las palabras *“hacia Dios”*. La unanimidad como tal no hace sin más de un grupo una comunidad religiosa. Sin embargo, la unanimidad es necesaria para la formación de todos y cada uno de los grupos, cualquiera que sea su carácter. Al añadir *“hacia Dios”*, se nos da una buena descripción de lo que es una comunidad religiosa según Agustín. Se trata de un grupo de cristianos que han decidido libremente reunirse, unidos por un solo corazón y una sola alma, en el camino hacia Dios. Por esta razón, y sólo por ella, es por lo que en primer lugar se reúnen.

15. El planteamiento que Agustín hace del ascetismo es marcadamente diferente del de sus predecesores. Para él, cada aspecto de la vida común es en sí mismo un ejercicio de ascesis. Consideró la vida religiosa como un modelo alternativo de relaciones sociales que difiere profundamente del que se da en la sociedad. Un monasterio tiene una función social de amor y pretende renovar las auténticas relaciones humanas inspiradas en la humildad y no en el poder. En este sentido, la vida comunitaria agustiniana es también profética, esto es, una proclamación de nuestra fe en el poder transformador de Dios y de su Reino.

En los párrafos que siguen, la comunidad de alma y corazón centrada en Dios será considerada como el eje de la espiritualidad agustiniana. Esto mostrará cómo la comunidad se encuentra en el corazón de todo el Programa de Formación, en tanto en cuanto requiere compartir la vida, compartir nuestra búsqueda de Dios y compartir el apostolado.

1. COMPARTIR LA VIDA EN COMUNIDAD

1.1. Formación para una vida de relaciones humanas

16. Dentro de nuestra tradición, la vida de comunidad es normativa. Es precisamente aquí donde Agustín pone un énfasis especial en el seguimiento de Cristo. La construcción de una buena comunidad no es otra cosas que poner en práctica el mandamiento del amor a Dios y al prójimo. La vida de comunidad consiste en el cultivo de relaciones interpersonales. Esta vida engloba el conjunto de toda existencia humana concreta: poner en común la fe, la esperanza, los afectos, los ideales, los sentimientos, los pensamientos, las actividades, las responsabilidades, las limitaciones, los fallos, los pecados, etc.

17. Esta puesta en común supone apertura a los demás, sentido de pertenencia, aceptación, confianza y apoyo, así como sensibilidad y preocupación por los demás. Aunque algunos puedan ser más sociables que otros, un cierto grado de preocupación corporal y espiritual ha de ser inculcado. Para el individuo, la comunidad local es el medio en el cual se realizan las aspiraciones más fundamentales. La comunidad debería ser tal que atraiga al candidato de modo que no viva agobiado cuando recibe su formación inicial en la vida comunitaria. Pero es también importante que los formandos puedan aprender a construir la comunidad entre ellos mismos, trabajando y dialogando juntos. Vivir juntos significa, de modo muy especial, conversar juntos, pues el lenguaje es nuestro medio de comunicación fundamental. Sin diálogo, la vida de

²⁹ *Serm.* 356, 1.

comunidad simplemente desaparece, siempre y en todas partes, tal y como ocurre en todas las relaciones humanas cuando el diálogo falla.

18. El candidato debería ser consciente de que, incluso en la misma perspectiva agustiniana, hay diferentes tipos de vida comunitaria. Por ejemplo, hay cierta diferencia entre una comunidad agustiniana centrada en torno a una obra de apostolado y otra centrada en un proyecto de estudio. También hay diferencias debidas a divergencias culturales y nacionales. En algunos casos, estas relaciones serán más profundas que en otros; unas veces habrá más confianza y otras menos. Hay tantos tipos de relaciones como de personas. Sin embargo, una comunidad agustiniana debe cumplir ciertos requisitos característicos para ser realmente agustiniana.

De acuerdo con Agustín, la vida de comunidad tiene sentido por sí misma. No puede ser considerada como un mero medio para otro fin; por ejemplo, su utilidad para tal o cual trabajo. Un concepto utilitario de la vida comunitaria es contrario a la mentalidad de Agustín.

1.2. Formación para una vida de amor, humildad, amistad, comunicación y armonía Vida de amor

19. *“Cuando comienzas a amar, Dios comienza a habitar en ti”*³⁰. Mientras otros escritores cristianos insisten -y no sin acierto- en ciertos valores bíblicos como la oración, la obediencia, la simplicidad, la pobreza, Agustín enfatiza de una forma muy suya el amor por el hermano que está a mi lado. Así escribe: *“mi esperanza en el nombre de Cristo no es estéril, porque no sólo creo, Dios mío, que de estos dos mandamientos (amor a Dios y amor al prójimo) dependen toda la Ley y los Profetas (Mt 22, 37- 40), sino que he experimentado también, y lo experimento cada día, que ni un solo misterio o palabra oscura de la Sagrada Escritura llega a ser claro para mí a menos que me encuentre con estos dos mandamientos: ‘pues el fin de los mandamientos es el amor de un corazón puro, con una buena conciencia y una fe sincera’ (1Tim 1, 5), y ‘el amor es la plenitud de la ley’ (Rom 13,10)”*³¹.

20. Este texto muestra claramente cómo Agustín lee toda la Biblia a la luz del amor. El doble mandamiento del amor en Mateo (22, 37-40) es el fundamento teológico sobre el que Agustín asienta una buena vida de comunidad como un valor en sí misma, porque tiene que ver directamente con el amor al prójimo y la corresponsabilidad. Es una convicción propia de Agustín que el amor a Dios es lo primero como mandamiento, pero que el amor al prójimo es lo primero a nivel práctico: *“sobre estos mandamientos se debe siempre meditar, se deben ponderar, a ellos debe adherirse uno y cumplirlos. El amor a Dios es lo primero en el orden del mandamiento, pero el amor al prójimo es lo primero en el orden de la acción... Amando al prójimo y comprometiéndote con él, vas avanzando ¿Hacia dónde vas, sino al Señor Dios?”*³².

21. El amor a Dios Padre, a Cristo el Hijo de Dios y a sus miembros, nuestros prójimos, están tan íntimamente unidos que se incluyen mutuamente y no se pueden separar³³. Es más, Agustín insiste en el amor al prójimo como la norma concreta de nuestro amor a Dios, ya que por su realidad práctica excluye cualquier decepción³⁴. Este punto de vista, que el amor al prójimo es el medio más apropiado para expresar concretamente nuestro amor a Dios, parece ser muy evidente, pero la experiencia

³⁰ *In Joa. epist.* 8, 12.

³¹ *Epist.* 55, 21, 38.

³² *In Joa. ev.* 17, 8-9.

³³ *In Joa epist.* 10, 3.

³⁴ *In. epist. ad Gal.* 45; *In Joa. epist.* 8,4; *De Trin.* VIII, 8, 12.

enseña que no es tan fácil de conseguir. Esto se entiende fijándose en las dos conclusiones que Agustín extrae de este principio:

a) Los miembros de una comunidad deben preocuparse en primer lugar por tener unas buenas relaciones interpersonales en la vida diaria, pues éste es el primer camino hacia Dios;

b) La fecundidad de nuestra oración, de nuestra liturgia y de nuestra vida sacramental, e incluso de la Eucaristía, habrá de estar en relación con nuestro amor a los demás. Esto no significa que Agustín subestime la oración y los sacramentos, sino que el objetivo de estos es crecer en el amor, la fe y la esperanza: *“Puede que todos estén haciéndose la señal de la Cruz de Cristo, que todos contesten 'amén', que todos cante el Aleluya, que todos estén bautizados, que todos vengan a la Iglesia y llenen los muros de las basílicas. Pero nada distingue a los hijos de Dios de los hijos del diablo, sino el amor generoso... si no tienes esto, de nada te vale lo demás. Si te falta todo lo demás, toma esto y habrás llevado la Ley a su plenitud”*³⁵.

Humildad

22. Una disposición fundamental para vivir juntos en amor es la **humildad**, como Agustín advierte en el primer capítulo de la *Regla*. No hay amor si no es a través de una paciencia humilde: *“donde reina la humildad, allí hay amor”*³⁶. La humildad es el terreno fértil del amor. El amor supone siempre la propia capacidad para superar el egoísmo y abrirse a los demás. Pero esto no se puede hacer sin la humildad, que derriba los muros que aprisionan al yo en sí mismo. La humildad no consiste en un servilismo esclavizante, sino en tener un sentido justo de la realidad. *“No se te pide que seas menos de lo que eres, sino que te des cuenta de lo que eres. Date cuenta de que eres débil, que eres un ser humano, que eres pecador”*³⁷. Descubrimos el puesto importante que la humildad ocupa en la espiritualidad de Agustín a través de sus propias palabras: *“desearía que os pusieseis con todo vuestro amor bajo la guía de Cristo y que no siguieseis otro camino para conseguir y alcanzar la verdad sino aquel que ha sido ya marcado por El, quien, como Dios, conoce la fragilidad de nuestros pasos. Este camino es, en primer lugar, la humildad; en segundo lugar, la humildad; en tercer lugar, la humildad... Y cuantas veces me preguntes acerca de las normas de conducta de la religión cristiana, prefiero no darte otra respuesta sino la humildad”*³⁸. La fecundidad de la vida religiosa depende siempre de los grandes valores cristianos del amor y la humildad.

Amistad en Dios

23. **La amistad en Dios** es una de las características de la amistad de Agustín. No sólo le atribuye un lugar en la vida religiosa, sino que la considera como de gran ayuda y consuelo en nuestra atribulada existencia: *“reconozco que me abandono totalmente y de modo total al amor de mis más íntimos amigos, especialmente cuando estoy preocupado por los escándalos del mundo, y encuentro descanso en ese amor, libre de preocupaciones. Esto es así porque siento que Dios está ahí presente y en El me dejo caer sin temor alguno, y en El encuentro mi descanso seguro. Con esa mi seguridad, no tengo ya miedo de la incertidumbre del mañana, que es tan propio de la fragilidad humana... Las ideas y pensamientos que confío a un ser humano que está lleno de la caridad de Cristo y se ha convertido en un amigo de plena confianza para*

³⁵ *In Joa. epist.* 5,7.

³⁶ *In Joa. epist.* Prólogo.

³⁷ *Serm.* 137, 4, 4.

³⁸ *Epist.* 118, 3, 22.

*mí, no las confío ya a un ser humano sino a Dios, en quien esta persona vive y por quien se ha convertido en un amigo de plena confianza*³⁹. Ciertamente, la única amistad verdadera es aquella que Dios mismo crea entre las personas que están unidas a El por el vínculo del amor que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado⁴⁰.

24. Aunque Agustín conoció el modelo del “*abba*” del monacato egipcio, en el cual un monje más anciano era el maestro espiritual de los más jóvenes, no lo escogió. Comenzó a vivir su vida monástica en la casa de sus padres en Tagaste, con un grupo de amigos y parientes. El modelo del “*abba*” era menos deseable en una situación como ésta. Agustín necesitaba de un estilo más “democrático” y fraternal para su vida de comunidad, como aparece claramente en la *Regla*. Aunque la palabra “amistad” no se menciona en la *Regla*, sabemos por otros textos el gran valor que Agustín le concedía. Sus ideas sobre la amistad ejercieron gran influencia sobre la vida religiosa de la Edad Media, pero fueron perdiendo importancia en el curso de la historia. Los legisladores monásticos comenzaron a sospechar de los efectos divisores de la amistad y esto desfavoreció el modo de intensa relación personal que Agustín tanto celebró. En tiempos recientes, la amistad en la vida religiosa llegó a ser considerada incluso como opuesta al amor a Dios, porque se pensó que reflejaba tendencias homosexuales. Esto no es lo que pensaba Agustín, y a nosotros toca defender este patrimonio de genuina amistad que de él hemos recibido. Quiso además evitar otro peligro de la amistad, a saber, que uno se haga a sí mismo esclavo y completamente dependiente de otra persona, incluso hasta llegar a la destrucción de su propia personalidad. La amistad se entiende aquí como una expresión concreta de esa caridad que busca servir a Dios en el otro, más que buscar en esa relación con el prójimo la gratificación de deseos o necesidades que son en sí mismos inconsistentes con los valores de la vida religiosa.

25. La composición de las comunidades de Agustín sufrió un cambio cuando hizo sus fundaciones en Hipona. Personas a las cuales él no había conocido previamente se convirtieron en miembros de la comunidad. Se hizo imposible realizar con cada una de ellas los altos niveles de amistad que el mismo Agustín describió en una conversación tenida con sus jóvenes monjes: “*podemos considerar a una persona como amigo cuando nos atrevemos a confiarle plenamente todas nuestras ideas*”⁴¹. “*Ideas*” significa aquí todo lo que está pasando por nuestro corazón.

26. La amistad se fundamenta en el amor y la confianza mutuos. El crecimiento en una amistad así es un proceso, como subraya Agustín: “*nunca debemos rechazar la amistad de quien desee ser nuestro amigo. Ciertamente no estamos obligados a aceptar sin más a cualquiera como amigo, pero debería ser deseo nuestro aceptar a todos como amigos. Nuestra actitud hacia los demás debería ser tal que quedase siempre abierta la posibilidad de aceptarlos como amigos*”⁴².

27. Siendo realistas, debemos considerar la amistad como un ideal. Pero no deberíamos olvidar que la amistad es tan sólo una forma de amor y que muchas de nuestras relaciones ocurren a un nivel más bajo, aunque cada una tenga valor en sí misma. Sería ya un gran logro si cada comunidad agustiniana poseyese una atmósfera de amabilidad y afabilidad, y pusiese en práctica lo que Agustín considera como el corazón de todo amor: desear el bien para el otro (*amor benevolentiae*). Este amor de los unos por los otros puede adquirir distintas formas: “*hablar y reír juntos, intercambiar*

³⁹ *Epist.* 73, 3, 10.

⁴⁰ Cfr. *Conf.* 4, 4, 7.

⁴¹ *De div. quaest.* 83 q.71, 6.

⁴² *Ibid.*

*pequeños gestos de amabilidad, gozar juntos del placer que la lectura puede dar, ponerse serios y reír juntos, disentir sin amargura, como uno puede disentir consigo mismo, y con ese disentimiento condimentar la armonía de siempre; aprender de los otros y enseñarles también algo, recordar con tristeza al ausente y recibir con alborozo a los que vuelven a casa*⁴³.

Comunicación

28. Posidio nos dice que compartir ideas y experiencias jugó un papel eminente en la vida de Agustín: *“en la mesa, prefería la lectura y el diálogo a la comida y la bebida*⁴⁴. En las cartas de Agustín leemos pasajes como éste: *“todo esto lo sabes ya, pero como tú eres para mí otro yo, ¿de qué voy a preferir hablarte sino de lo que me digo a mí mismo?”*⁴⁵. La comunicación se halla en el corazón de la red de relaciones existentes entre los miembros de una comunidad religiosa. Ninguna comunidad puede crecer ni cumplir su misión de testimonio a menos que sus miembros estén en comunicación y en comunión unos con otros. Pero comunicación y comunión suponen riesgo y confianza. Riesgo porque al abrirnos a los demás nos hacemos vulnerables; confianza porque necesitamos saber que los otros no van a hacernos daño sino que nos sentiremos aceptados y amados por ellos. Solamente en una comunidad que ha conseguido un nivel profundo de relación pueden comenzar sus miembros a pensar en términos de *“nosotros”*.

Armonía

29. Las anteriores consideraciones no quieren decir que la vida de comunidad haya de ser considerada una forma de dulce aislamiento, un lugar de refugio para el individuo, que fomenta una vida sin preocupaciones. La vida de comunidad no es un sueño romántico, sino una escuela de realismo. Agustín la compara con un horno: *“muchos han prometido vivir plenamente esta vida santa en la que todo es común y nadie llama a nada propio. Esta es la vida de los que tienen un alma sola y un solo corazón mientras peregrinan hacia Dios. Pero, sometidos al a prueba del fuego, sucumben por completo*⁴⁶.

Agustín nos dice que nunca encontró gente mejor que aquella que creció en el monasterio, pero que tampoco encontró gente peor que aquella que ha perdido su ideal. *“Aunque reine el buen orden en mi casa, soy hombre y entre hombres vivo. Yo no me atrevería a decir que mi casa es mejor que el Arca de Noé de la que una de las ocho personas fue expulsada... ni mejor que la comunidad de Cristo el Señor, en la que once almas fieles crecieron junto al infiel ladrón Judas*⁴⁷.

30. En cualquier lugar donde la gente intenta construir una comunidad, sea en movimientos juveniles, grupos de amigos, grupos de apoyo, en familias o en la vida religiosa, se enfrentará siempre con tensiones y conflictos. Porque es un hecho que todos tenemos diferentes personalidades, diferentes sensibilidades, diferentes formas de ver las cosas, distintas expectativas, ideas, proyectos, necesidades y valores. La tensión entre un mismo y el otro (o el grupo) puede manifestarse bajo forma de egoísmo, orgullo, explotación o crítica destructiva. Tales tensiones y conflictos no deberían ser considerados anormales: forman parte de la interacción humana, tanto a nivel individual como de grupo. Pero no deberían quedarse en meras experiencias

⁴³ Conf. 4, 8, 13.

⁴⁴ Vita Augustini 22.

⁴⁵ Epist. 38, 1.

⁴⁶ En. in ps. 99, 11.

⁴⁷ Epist. 78, 8-9.

frustrantes. Deberían ser más bien experiencias provechosas en tanto en cuanto llevan a un crecimiento personal y favorecen un mayor placer en la participación en el grupo. En otros tiempos, la formación para la vida religiosa enseñaba a las personas a rezar, a vivir los votos, a ser un buen apóstol, pero no necesariamente a vivir en comunidad. Una auténtica formación para la vida religiosa agustiniana debe ante todo preparar para la vida comunitaria.

1.3. Formación para la vida de comunidad a la luz de los tres votos

31. La vida religiosa es solamente una de las formas de vivir el evangelio de Jesús. La llamada de Jesús a seguirlo se dirige a todos los que aceptan su mensaje, sin distinción alguna. Todos los que han expresado la voluntad de seguirlo participan por el bautismo en la misión de construir el reino de Dios. En otras palabras, todo creyente tiene la tarea de construir el Reino de Dios en este mundo haciendo su voluntad, que consiste esencialmente en crear justicia, paz y amor entre todos los hombres. Esto se aplica no solamente a opciones vitales como son el matrimonio o la vida religiosa, sino también a las diferentes profesiones de los bautizados. Un agricultor, un abogado, un médico, un empleado, todos deben practicar su profesión como cristianos a la luz del Reino de Dios. Esto no niega el carácter peculiar de la vida religiosa.

Seguir a Cristo implica siempre fidelidad personal. Cuando es cuestión de una opción de vida como respuesta a una particular llamada de Dios, se requiere aún más fidelidad. La vida religiosa es una forma radical de vivir el Evangelio.

32. La identidad de la vida religiosa y lo que la distingue de otras formas de vida cristiana consiste principalmente en dos aspectos:

a) Para seguir a Cristo, los religiosos convierten un determinado valor evangélico, esto es, la inspiración original del fundador, en el centro de su vida comunitaria. Desean vivir el carisma del fundador en y para el propio tiempo y circunstancias que les toca vivir. Cada familia religiosa ha recibido el mandato de modelar una forma especial de vida cristiana y de comunidad dentro de la Iglesia. Una de las razones por las que nos hacemos agustinos es porque encontramos que la espiritualidad agustiniana es significativa para el mundo actual, y queremos vivirla con otros.

b) Desde el comienzo mismo de la vida religiosa, los miembros de las comunidades han deseado realizar su inspiración original a través de un compromiso evangélico. La *Regla* de Agustín puede ser caracterizada como una expresión del desafío cristiano de integrar a todo el mundo en una total comunidad. La *Regla* suena a protesta contra la desigualdad en una sociedad marcada por el egoísmo y el individualismo, por el afán de poseer, por el orgullo y el poder, por una distorsionada concepción de la libertad y la sexualidad. Ciertamente, todos los cristianos están llamados a vivir la dimensión escatológica y ascética del mensaje de Jesús: porque Dios es la meta final del ser humano, éste no debería apegarse a los bienes materiales, a una plena autonomía o a una sexualidad desenfrenada. No debe considerar todas estas cosas como la meta final de su vida. Los religiosos hacen de este aspecto escatológico una forma concreta de su estilo de vida por medio de los tres votos. Se apartan de los deberes derivados del matrimonio, de un trabajo remunerado y de vivir juntos como personas vinculadas entre sí por lazos de sangre.

33. Como es lógico, el énfasis que Agustín pone en el amor y en la vida comunitaria se refleja en su interpretación de los votos. Familiarizarse con esta interpretación es una tarea importante de la formación. Aunque la vida religiosa es una llamada particular dentro de la Iglesia, no garantiza de por sí que los religiosos lleven una vida cristiana mejor que la de otros cristianos, o que sean más perfectos, pues la perfección es una realidad interior y no exterior. Todo depende del grado de nuestro

amor, incluso el amor a la paz y la justicia. Como Agustín escribe a propósito de la virginidad: “¿Acaso no hay algo que una virgen consagrada a Dios deba considerar abiertamente si no es que no se considere mejor que otra mujer cristiana, sea viuda o casada?... Pensad que puede haber otras personas mejores que vosotras por sus dones ocultos, aunque en apariencia vosotras seáis mejores. Cuando, en vuestra bondad, dais crédito a las buenas cualidades de los otros, que tal vez desconocéis, vuestras propias cualidades, que sí conocéis, no quedan rebajadas por esta comparación sino reforzadas por el amor”⁴⁸. Debemos examinar honradamente cómo llevamos a la práctica nuestro ideal o cómo podemos renovarlo con valor. Una renovada preocupación por la dimensión interior de nuestra vocación ha de ser nuestra tarea más urgente.

El voto de pobreza o la comunidad de bienes

34. Pobreza, en el sentido estricto de la palabra, significa la carencia de los bienes más elementales y vitales que necesitamos para mantenernos en vida, como son el alimento, el agua y un techo donde cobijarse. La pobreza entendida en este sentido nunca fue considerada por Agustín como un valor en sí mismo, sino más bien como un mal que ha de ser combatido en este mundo con todas nuestras fuerzas. Su planteamiento preferido sobre este voto se basa en Hch 4, 32.35: “*Todo lo que tenían lo ponían en común y se daba a cada uno según su necesidad*”. Por lo tanto, el término “*comunidad de bienes*” o “*compartir los bienes*” se ajusta mejor a su espiritualidad, y está más de acuerdo con el estilo de vida en que la mayoría de nosotros vive actualmente. La comunidad de bienes se aplica no solamente a la puesta en común de los bienes materiales, sino también de los bienes espirituales. Este compartir, acompañado de un estilo de vida frugal y ascético, nos abre a una profunda libertad interior.

35. Lo que se busca compartiendo los bienes materiales es, en primer lugar, crear nuevas relaciones de igualdad y unidad entre los que viven en el monasterio. La distancia entre ricos y pobres, poderosos y desposeídos, debe ser abolida, ya que los bienes materiales son, por naturaleza, fuente de división: “*esto es mío y esto es tuyo*”. De ellos mana la fuente del individualismo, el egoísmo, la envidia, la competitividad, la avaricia, los conflictos y las peleas⁴⁹. Este voto significa algo más que recibir bienes de la comunidad. Supone una actitud creativa hacia los bienes materiales y su uso: cuidado por los bienes de la comunidad, una justa distribución de los mismos, preocupación y responsabilidad de los bienes confiados a los individuos.

36. Compartir los bienes materiales es para Agustín la primera condición para formar una auténtica comunidad de hermanos que vivan juntos en armonía en la misma casa. Pero compartir los bienes materiales no se ha de limitar a la construcción de una comunidad sólo entre nosotros. Debería extenderse a la realización de una sociedad mejor y más justa. Por lógica, esto supone una cierta simplicidad personal en el estilo de vida: no se espera de nosotros que tengamos al alcance de la mano todos los lujos que deseamos. La *Regla* afirma: “*Créanse más ricos los que son más fuertes en soportar las privaciones, porque más vale necesitar poco que tener mucho*”⁵⁰. Un estilo de vida ascético no es negar la bondad de la creación, sino poner los bienes materiales al servicio de los otros. Como dice Agustín: “*Piensa sobre todo en los pobres, de modo que aquello de lo que te privas para poder vivir con lo justo puedas convertirlo en tesoros del cielo. Deja que Cristo pobre reciba aquello de lo que se priva*

⁴⁸ *De sancta virg.* 44, 45; 52, 53.

⁴⁹ *En. in ps.* 131, 5.

⁵⁰ *Regula* 3, 5; cfr. *De op. mon.* 25, 32-33; *Sermo Denis* 17, 2-4: MA I, 82-85.

*el cristiano que ayuna. Deja que la austeridad de una alma llena de amor sea el sustento del necesitado. Deja que la voluntaria necesidad de quien posee en abundancia se convierta en la abundancia necesaria del que pasa necesidad*⁵¹. De acuerdo con estos principios, deberíamos evaluar periódicamente nuestra situación ¿No son los ricos y pobres que conviven en la misma casa una contradicción de nuestra espiritualidad? Es más, ¿podemos favorecer la búsqueda de la justicia y la paz en el mundo si éstas no reinan en nuestras casas?

37. Lo mismo debe decirse del compartir nuestros bienes espirituales: nuestra fe y nuestro ingenio, nuestros ideales y expectativas, nuestros conocimientos e ideas, nuestros talentos y sentimientos. Es evidente que deberían estar a disposición de unos y otros, pues son una condición esencial para la vida en común. No obstante, compartir nuestros bienes espirituales puede que no se reduzca sólo a esto. La unión de almas y corazones nos capacitará para comunicar nuestros valores interiores al mundo por medio de nuestro apostolado. La gente necesita ver grupos de personas motivadas por el evangelio y su amor a Dios y de los unos por los otros, que vivan de tal modo que la soledad y la alienación queden desterradas. De este modo, la vida de comunidad adquiere también un sentido apostólico.

El voto de obediencia o la responsabilidad compartida en comunidad

38. La obediencia como virtud evangélica consiste en “atender a” (*ob-audire*) y hacer la voluntad de Dios imitando al Señor Jesús. “*Mira a tu Señor, mira a tu cabeza, mira al modelo de tu vida; contempla a tu Redentor: 'Padre, si es posible pase de mí este cáliz'. De este modo manifiesta su voluntad humana, pero depones inmediatamente su resistencia a la obediencia: 'Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya'. Así deberías tú obedecer la voluntad de Dios*”⁵².

En el modelo agustiniano de comunidad, en el cual somos todos consiervos del único Señor, tanto el prior como los que no lo son están sujetos a la obediencia, aunque de distintos modos. Es la obediencia a la voluntad de Dios que se concretiza en el proyecto común -el *propositum sanctum*- y en las leyes que lo regulan.

39. “Autoridad”, que deriva del término latino *augere* (= promocionar, favorecer), se debe distinguir de “poder”, derivado del latín *possum* (= puedo, soy capaz de hacer algo). Un tema recurrente en las obras de Agustín es que la autoridad significa entre los cristianos servicio. Tener un cargo es servir a los demás. La autoridad, en sentido religioso, es lo más opuesto al dominio de los otros. La persona elegida para dirigir un grupo es la que lleva la pesada carga de ser responsable no sólo de todos los individuos del grupo, sino también de la buena marcha y del bienestar de la comunidad como un todo. Debe preocuparse por la vivencia común del carisma; debe actuar en caso de que este carisma no sea respetado; ha de ser él mismo un ejemplo de fidelidad al carisma del fundador; debe servir a los demás con amor, así como animar, apoyar y ser paciente con todos y cada uno.

Tanto la obediencia como la autoridad son enormemente importantes para asegurar la unidad y la armonía en la comunidad, promover la búsqueda de Dios y mantener el bien común por encima de los intereses personales.

40. En contraste con una tradición de siglos que interpretaba la obediencia como un acto de fe, Agustín pone más el acento en el amor: “*obedeciendo con prontitud no sólo mostráis compasión con vosotros mismos sino también con vuestro superior*”⁵³. Puesto que mostrar compasión es un acto de amor, esto significa que por la

⁵¹ *Serm.* 210, 10, 12.

⁵² *Serm.* 296, 8: MA I, 406.

⁵³ *Regula* 7, 4.

obediencia no sólo nos amamos a nosotros mismos al hacer una obra buena y correcta, sino que también amamos a nuestro prior aligerando la carga de su responsabilidad ante todo el grupo. Esta actitud amistosa puede ser llamada “*responsabilidad compartida*”. De todo esto se sigue que la obediencia es, desde el punto de vista de Agustín, algo más que una relación vertical entre el prior y un miembro del grupo. Es también una relación horizontal entre todos los miembros de la comunidad, como aparece claramente en el cuarto capítulo de la *Regla*, dedicado a la corrección fraterna, y en el que se subraya la mutua responsabilidad que debemos tener los unos para con los otros.

41. El acto de obediencia lleva siempre consigo dos movimientos: uno de escucha y atención hacia las llamadas o necesidades de otra persona y, en segundo lugar, otro de respuesta concreta a esas necesidades por medio de hechos reales. Esto no se refiere a la así llamada “obediencia ciega”, pues esto contradiría el gran valor que Agustín concede al diálogo y al respeto de la personalidad de cada uno. Para él, también la obediencia es un acto de relación interpersonal y de comunicación. Por otra parte, sería muy egoísta y falta de amor pensar que uno es libre de hacer lo que quiera, porque entonces la persona no está ya al servicio de la comunidad. La persona que se convierte en intocable siguiendo sólo su propio camino y desoyendo las necesidades y peticiones de su prior y de sus hermanos, está actuando injustamente y abusando de la buena voluntad de los demás. Tal actitud es, simplemente, un rechazo de la vida comunitaria.

El voto de virginidad o celibato

42. El matrimonio y el celibato son formas diferentes de entrar en relación con otras personas. La renuncia al matrimonio no significa renunciar a las relaciones personales y a la afectividad. Hay muchas formas de “ser para los demás”. Por el celibato elegido libremente, el religioso renuncia a la unión matrimonial, pero no a las relaciones con los demás. Como célibe desea ofrecer amor, amistad, felicidad, apoyo, ayuda y ánimo a otros. Espera recibir también eso mismo como intercambio de los demás. Desea ser el compañero de la gente desgraciada o necesitada, el compañero de los que se encuentran solos y de quienes buscan desesperadamente el sentido de la vida. Desea hacerse presente a ellos por y con toda su fe en Dios, con toda su esperanza en El, y con su amor a El. Es así como se encuentra un sentido apostólico a este voto.

43. La interpretación que Agustín hace de este voto está más basada en la tradición que la que hace de los otros dos. Comienza sus reflexiones con una distinción, muy significativa, entre la virginidad física y la virginidad del corazón. Del mismo modo que en el Antiguo Testamento el pueblo de Israel es llamado “virgen, así Pablo ve a la Iglesia como una “virgen casta” (2Cor 11, 2). Ciertamente, no todos los miembros de la Iglesia son físicamente vírgenes, pero todo creyente debería poseer, por el don de sí mismo a Cristo, una virginidad espiritual. Esta consiste en la integridad de la fe, de la esperanza y del amor de cada uno, y tal clase de virginidad debe ser atribuida a todos los cristianos. Pero la virginidad física consagrada a Dios es, según Agustín no sólo una expresión y realización concretas de la virginidad de la Iglesia. Es también un testimonio y una contribución a ella (*Eccllesia Virgo*). Es más, insiste en que la virginidad consagrada debe ser espiritualmente fecunda, pues debería contribuir a engendrar la vida de Cristo, nuestro Salvador, en otras gentes (*Eccllesia Mater*). En estas dos visiones se descubren algunos aspectos valiosos para la comunidad y que no han perdido su interés. Se trata de una parte de la vida de la Iglesia y ha de ser fecunda para los demás.

44. “La virginidad es honrada no por ser virginidad, sino por estar consagrada a Dios”⁵⁴. Esto indica que nuestro esfuerzo se concentra en un solo objetivo: servir al Reino de Dios porque “donde está tu tesoro allí está tu corazón” (Mt 6,21). Esto nos recuerda el ideal de Agustín tal como lo expresa al principio de la *Regla*: una vida en común hecha de confianza mutua e interdependencia que expresa la unidad del alma y del corazón centrada en Dios. Esta concentración en Dios es la razón por la que Agustín urge con tanta insistencia en su *Regla* a la corresponsabilidad, la preocupación fraterna, y -en caso de alguien que dañase la vida común- la corrección, siempre acompañada del amor a la persona. Esto se aplica no solamente en las faltas a la castidad sino también a las demás faltas graves. Cuando la unidad del esfuerzo en la búsqueda de Dios es rota por el fallo de un hermano, el grupo entero sufre. El cuidado mutuo es la encarnación del amor de Dios por cada uno de nosotros.

2. COMPARTIR LA BUSQUEDA DE DIOS EN COMUNIDAD

2.1. Un camino de fe

45. Las palabras con que se abre la *Regla* dan un mandato: hemos de tener una sola alma y un solo corazón “*in Deum*”. Este acusativo latino exige una atención especial. Indica un movimiento dinámico: como grupo, nos esforzamos por llegar a Dios. Somos como peregrinos en camino hacia El. El cambio es una constante en el proceso de la vida, pues somos siempre llamados por el Señor a diferentes y nuevos modos en la plenitud de la vida de Dios en nosotros. Sin embargo, la resistencia al cambio y a la conversión parecen ser uno de los mayores problemas en la vida de la comunidad. Con todo, para conseguir una convivencia pacífica se necesita una conversión permanente, en el sentido de que dejemos atrás nuestros fallos y nos esforcemos siempre por lo que es mejor. Como dice Agustín: “Yo todavía avanzo, todavía progreso, todavía voy hacia adelante, estoy todavía en camino, todavía estoy en tensión pues todavía no he llegado. Por lo tanto, si también tú caminas, si estás en tensión y prestas atención a lo que está porvenir, olvida entonces lo que queda atrás. No mires hacia atrás, para no anclarte en el lugar donde has puesto tus ojos. Acuérdate de la mujer de Lot... Nosotros somos, al mismo tiempo, perfectos e imperfectos. Perfectos en nuestra condición de caminantes, imperfectos porque aún no hemos llegado a la meta... Ves que somos caminantes. Con todo, preguntas: ‘¿Qué significa caminar?’ En pocas palabras, significa avanzar. Pero puede que, aun entendiendo esto, echas a andar más despacio. Avanzad, hermanos míos; examinaos honestamente una y otra vez. Poneos a prueba. No estéis contentos con lo que sois si queréis llegar a lo que aún no sois. Porque donde te has agraciado a ti mismo, allí quedarás parado. Si dices, ‘basta’, entonces estás acabado. Así, pues, añade siempre algo más, avanza sin parar, progresa siempre”⁵⁵.

2.2. Formación para el encuentro con Dios

46. Encontrarse con Dios es un proceso permanente. Cada uno de nosotros experimentará dificultades, adversidades, desánimo y sufrimiento durante su vida. Debemos integrar todo esto en nuestra vida, y vérnoslas con ello de una forma armónica, confiando en la gracia de Dios. En los momentos de dificultad es bueno buscar la ayuda del hermano, pero incluso cuando nadie puede ayudarnos sabemos que, como dice Agustín, Dios está junto a nosotros: “Cuando sufres, no temas que Dios no esté contigo. Ten fe, y Dios estará contigo en tu tribulación”⁵⁶.

⁵⁴ *De sancta virg.* 8, 8.

⁵⁵ *Serm.* 169, 15, 18.

⁵⁶ *En. in ps.* 90, s.2, 11.

47. Nos encontramos con Dios en las personas. Al final del primer capítulo de la *Regla*, leemos: “Y honrad los unos en los otros a Dios, de quien habéis sido hechos templos”. Agustín tenía la firme convicción de que Dios actúa a través de los seres humanos. En sus *Confesiones* nos dice: “Vivía por aquellas fechas un personaje inteligente, competentísimo en medicina y por eso muy famoso... Pero tú sólo eres el médico de la enfermedad que me afligía, tú que resistes al soberbio pero das la gracia al humilde. Y sin embargo también por medio de este anciano no dejaste de ayudarme o de ofrecerme la oportunidad de traer la salud a mi alma”⁵⁷. Este mismo pensamiento se repite cuando Agustín habla de Ponticiano. Este connacional contó a Agustín la historia de Antonio, monje en Egipto, atrajo su atención hacia el monasterio de Milán y le refirió la conversión de dos oficiales imperiales, en Tréveris. En otras ocasiones, Agustín hace notar cómo Dios actuó a través de su muy querido amigo Alipio y de su madre Mónica. Las palabras “Yo era muy inferior a ellos en grandeza de alma”⁵⁸ indican que Agustín aceptó su ayuda de todo corazón. Del mismo modo que encontró a Dios en aquellos que le rodeaban, así también está en plena sintonía con nuestra tradición agustiniana buscar a Dios y encontrarlo los unos en los otros, por medio de la amistad y la comunidad.

2.3. Formación en la oración

48. La oración es, por supuesto, un medio indispensable para el encuentro con Dios. Aunque no es posible dar aquí un tratado completo de la doctrina de Agustín acerca de la oración, la ley fundamental de toda oración está expresada en la *Regla* (2,3): “Cuando alabéis a Dios con salmos e himnos, sienta el corazón lo que dice la boca”. El sentido fundamental de este texto es que nuestras palabras deben estar en armonía con nuestros hechos, o incluso mejor: no tiene sentido orar con los labios si no ponemos en práctica lo que decimos en nuestras oraciones. “Alabad al Señor con todo lo que sois, pues no solamente vuestra lengua y vuestra voz deben alabar a Dios, sino también vuestra conciencia, vuestra vida y vuestros hechos... Si nunca dejamos de vivir bien, alabamos a Dios incesantemente”⁵⁹.

49. Una idea importante de la *Regla* es lo que Agustín dice sobre la oración del corazón. Según un estilo que le es propio define esta oración como “*desiderium*”, esto es, un corazón lleno de deseo, anhelo y ansia de Dios. Como seres humanos débiles que somos, no podemos orar siempre con palabras, pero podemos hacerlo con un corazón lleno de deseo. “El deseo es siempre una oración incluso cuando la lengua calla. Si deseas sin interrupción, entonces estás siempre orando. ¿Cuándo duerme nuestra oración? Sólo cuando nuestro deseo se enfría”⁶⁰. No obstante, Agustín siempre subraya la necesidad de un tiempo especial para orar con palabras.

50. Mirando bien las cosas, la oración que no lleva a la acción es una mentira. Debemos orar también con los hechos. Agustín expresa esta idea con los símbolos del tímpano y el salterio. Como estos instrumentos se tocan con las manos, representan la acción. “¿Por qué dice el salmista: tomad en la mano el tímpano y el salterio? La razón es que no sólo la lengua debe alabar, sino también las obras... Lo mismo vale para vosotros. Cuando cantáis 'Aleluya', debéis dar pan al hambriento, vestir al desnudo, dar posada al extranjero. Al hacer esto no solamente canta vuestra voz, sino también

⁵⁷ *Conf.* 4, 3, 5.

⁵⁸ *Ibid* 6, 12, 21.

⁵⁹ *En. in ps.* 148, 2.

⁶⁰ *Serm.* 80, 7.

*vuestras manos estarán en armonía con vuestra voz, en la medida en que vuestras obras estén de acuerdo con vuestras palabras*⁶¹.

51. La oración personal y comunitaria son complementarias. Sería erróneo concluir de las anteriores consideraciones que Agustín subestima la oración vocal en común; pues de hecho, en su *Regla*, la menciona incluso antes que la oración personal. Apreciaba tener horas y tiempos fijos para la oración comunitaria en una vida monástica bien organizada⁶². Al rezar con palabras, hacemos que nuestro deseo no vaya a menos, a causa de otros cuidados y actividades. La búsqueda de Dios debe tener lugar tanto a un nivel personal como comunitario. Esto también vale para la oración. Debido a nuestra tradición, que toma su modelo de la primera comunidad de Jerusalén como hizo Agustín, nosotros los agustinos debemos acentuar fuertemente la oración en común. Pero es también importante señalar que una oración en común reposa en personas que han aprendido a orar con todo el corazón.

2.4. Formación en la interioridad

52. Uno de los temas más conocidos de la espiritualidad de Agustín es su sentido de la interioridad, es decir, la búsqueda del propio corazón, de la propia vida interior, de la propia conciencia. Un conocido texto es el de las *Confesiones*: “*La gente sale a admirar las alturas de las montañas, la grandeza de las olas del mar, las anchurosas corrientes de los ríos, las vastas extensiones del océano y los movimientos de las estrellas. Pero pasan junto a sí mismos*”⁶³.

53. En la *Regla*, se pasa de lo “*exterior*” a lo “*interior*” no menos de siete veces: de la oración vocal a la del corazón, del hambre física al hambre de la palabra de Dios, de no querer agradar con los vestidos a agradar con nuestra vida interior, de la vista al deseo, de una herida física a una herida del corazón, de las apariencias al vestido interior del corazón, de pedir perdón de palabra al verdadero perdón de corazón. La interioridad, no obstante, no significa una introspección superficial por la que nuestro propio yo se convierte en el único objeto de nuestras preocupaciones; esto sería una mera forma de narcisismo. ¿Cómo podría sernos esto de provecho? Nos quedaríamos simplemente encerrados en nuestro pequeño círculo. De acuerdo con Agustín, la interioridad nos abre a los fundamentos de la moralidad, al desenmascaramiento de soluciones engañosas, y al honrado reconocimiento de nuestra ignorancia ante el umbral de lo desconocido. El conocimiento de uno mismo significa escuchar lo que Dios ha de decir sobre mí: “*¡Dios, habla verdaderamente en mi corazón, pues eres el Único que habla así!*”⁶⁴. La meta de la interioridad no es solamente conseguir el descubrimiento del Otro, es decir, Dios, y de los otros en Él. El verdadero Dios no encoge nuestro corazón sino que engrandece y ensancha. Estar vueltos hacia Dios nunca significa dar la espalda a los seres humanos o a los problemas del mundo⁶⁵. La interioridad requiere tranquilidad, silencio y paz. Sin embargo, cuando miramos a nuestro alrededor, vemos que mucha gente no aprecia este silencio, quizás porque no quieren enfrentarse consigo mismos.

54. Si bien cada miembro del grupo debe cultivar la vida interior, debe también desear compartir con los otros en la comunidad su búsqueda de Dios. Aunque una comunidad religiosa se basa por su misma naturaleza en la fe, parece que compartir la fe no es algo tan frecuente entre nosotros como cabría esperar. Compartir la fe es algo

⁶¹ *En. in ps.* 149, 8.

⁶² *Cfr. De op. mon.* 29, 37; *Epist.* 130, 9, 18.

⁶³ *Conf.* 10, 8, 15.

⁶⁴ *Ibid.* 12, 16, 23.

⁶⁵ *Cfr. Serm.* 255, 6, 6.

más que ir juntos, al mismo tiempo, a la misma capilla para recitar las mismas palabras en nuestras oraciones de comunidad. Para que no nos engañemos, la oración en común y la celebración comunitaria de la Eucaristía son formas de compartir la fe. Son medios importantes para afirmar nuestra fe y la de nuestros hermanos. Pero es también necesario ser capaces de compartir personalmente, unos con otros, la respuesta a preguntas como “¿Quién es mi Dios?” y “¿Cómo lo encuentro yo en mi vida?”.

55. Para favorecer la puesta en común como comunidad de fe, también se deberían propiciar las oportunidades para dialogar juntos sobre la fe. Esto se puede hacer a partir de una lectura bíblica, o de los escritos de Agustín, o de otro autor importante. Ahora bien, debemos evitar que este diálogo degenera en una multitud de monólogos o de discusiones acaloradas. Más aún, compartir la fe en comunidad no es suficiente, no deberíamos dudar en formar grupos de oración con otros, bien sean agustinos de otras comunidades o laicos, de modo que tanto nosotros como ellos podamos fortalecer debidamente nuestra fe.

3. COMPARTIR EL APOSTOLADO EN COMUNIDAD

56. Agustín distingue entre tres formas de vida: la vida contemplativa, la vida activa y una tercera, mezcla de ambas. Prefiere claramente esta última forma mixta. Nadie debería ser tan exclusivamente contemplativo que no piense en el bien de su prójimo, ni tan activo que descuide la contemplación de Dios. La contemplación consiste en investigar y descubrir la verdad, pero llevado a cabo todo ello de tal manera que no se oculte a los hermanos lo que se ha contemplado. Nuestro deber en la acción es contribuir al bienestar de los demás. Es la fuerza del amor la que nos ayuda a comprometernos con una buena acción⁶⁶.

57. Del texto anterior se sigue que todo miembro de una comunidad agustiniana hace apostolado, pues el grupo en su conjunto lo hace. Toda comunidad agustiniana debería tener un especial influjo y ser un signo de esperanza y un testigo en la sociedad. Es más, debemos darnos cuenta que la sociedad moderna es una sociedad de productividad, de utilidad y actividad. La gente en nuestra sociedad ya no pregunta: “¿quién eres?”, sino “¿qué haces?”. La productividad amenaza con convertirse en el valor supremo, incluso superior a la persona humana. Las personas no productivas parecen carecer de valor y ser un estorbo para la vida social. La excesiva dependencia del trabajo es un problema moderno, y también los religiosos han de ponerse en guardia para no convertirse en esclavos de sus actividades.

58. El origen de la vida religiosa hay que buscarlo en los movimientos ascéticos de la antigua Iglesia. Este fue también el caso de la primera comunidad de Agustín en Tagaste. Agustín organizó allí una comunidad monástica con sus amigos laicos y estaba decidido a no tomar las órdenes sagradas. Pero, unos años después, de una forma reluciente y más o menos forzada, fue ordenado sacerdote. Pero aún después de su ordenación no abandonó su propósito de ser monje y vivió en una comunidad religiosa. El obispo Valerio honró ese deseo de Agustín de vivir en un monasterio con sus hermanos dándole un pedazo de tierra en el jardín de la iglesia. Mientras Agustín vivió allí no hubo otros clérigos en el monasterio.

59. Cuando Agustín estaba viviendo en la residencia episcopal con hermanos, que eran también clérigos, la situación cambió y comenzaron a surgir tensiones entre el estilo de vida monacal y el clerical: “*Si alguno quiere tener su propia propiedad y vivir de ella y actuar de forma contraria a nuestras órdenes no me basta con decir que no*

⁶⁶ *De civ. Dei* 19, 1-2. 19.

permanecerá conmigo, sino incluso que no llegará a ser clérigo. De hecho he dicho, y sé que lo he dicho, que si no quieren aceptar nuestra vida en fraternidad, yo no los removeré de su oficio clerical, pero tendrán que vivir aparte... Y también les he dejado bien claro lo malo que es apartarse del propósito. Prefiero tener conmigo hombres enfermos, que no llorar por hombres muertos, pues el hipócrita es un hombre muerto. Así pues, del mismo modo que removería de la cléricatura a quien quisiese permanecer fuera de la comunidad y vivir de lo suyo, así tampoco permito, con la ayuda de Dios, a quien ha vivido en la hipocresía, a quien ha sido hallado propietario de algo, hacer testamento de esa propiedad sólo porque esta vida de fraternidad le haya gustado. Más bien lo borraré de la lista de los clérigos. Apele contra mí a mil concilios; navegue contra mí adonde quiera; que viva donde pueda. El Señor me ayudará para que no sea él clérigo donde yo soy obispo”⁶⁷.

60. Este texto nos hace pensar sobre la relación entre la vida religiosa y el apostolado desde una perspectiva agustiniana, sobre todo porque la Iglesia pidió en el siglo XIII a los agustinos que se dedicaran, como grupo religioso, al ministerio pastoral. De acuerdo con las prioridades establecidas por el mismo Agustín, nuestra vocación religiosa ha de ponerse en primer lugar, y es en este ámbito donde hemos de vivir nuestra vocación al apostolado. Agustín nunca dio un apostolado concreto a sus monjes. Tenían que asumir las responsabilidades de la vida pastoral solamente si eran obligados a ello por fuerza de las circunstancias⁶⁸. No debían tampoco preferir su propia comodidad a las necesidades de la Iglesia⁶⁹. La imprecisión de la expresión “necesidades de la Iglesia” puede ser tanto una desventaja como una ventaja. Como una desventaja porque como agustinos no podemos basar nuestra identidad en nuestra tarea apostólica; como una ventaja porque ello nos permite tomar muchos nuevos caminos en el trabajo apostólico.

3.1. El Apostolado como servicio

61. Hay algunos aspectos de la teología de Agustín sobre el apostolado eclesial que merecen especial atención. Dado que la palabra “apostolado” no significa otra cosa sino “ser enviado con la tarea de proclamar la buena nueva que Jesús ha traído”, todo el énfasis se debe poner en el servicio y no en el honor. La vida apostólica no es cuestión de ser estimado en mucho, sino de asumir una mayor responsabilidad, y, por lo tanto, estar “en mayor peligro”. El término típico de Agustín para designar el ministerio eclesiástico es “sarcina”, es decir la carga que el soldado debe llevar sobre sus propias espaldas. El no sólo se siente responsable de sí mismo sino también de otros muchos: “No somos obispos para nuestro propio beneficio, sino para el beneficio de los demás a quienes nosotros administramos la palabra y el Sacramento del Señor”⁷⁰. “Dos cosas hay que tener en cuenta acerca de nosotros los obispos: una, que somos cristianos; otra, que somos superiores. Por el hecho de ser superiores se nos cuenta entre los pastores, si somos buenos. Por el hecho de ser cristianos, somos también ovejas con vosotros”⁷¹. Así, Agustín puede decir a su pueblo: Yo soy tu compañero de trabajo en la viña del Señor, tu consiervo, tu condiscípulo en la misma escuela de Cristo. El espacio entre el sacerdote y los laicos no es tan grande. Una afirmación contundente de uno de sus sermones suena así: “¿Qué es lo que quiero? ¿Qué es lo que deseo? ¿Qué anhelo? ¿Por qué hablo? ¿Por qué me siento aquí?

⁶⁷ Serm. 356, 14.

⁶⁸ C. Faustum XXII, 56-58.

⁶⁹ Epist. 48, 2.

⁷⁰ C. Cresconium II, 11, 13.

⁷¹ Serm. 47, 1, 2.

*¿Por qué vivo? Solamente con esa intención: que juntos podamos vivir con Cristo. Este es mi deseo, mi honor, mi gozo y mi salvación... Pero yo no quiero salvarme sin vosotros*⁷².

3.2. Apostolado y comunidad

62. Con frecuencia se experimentan tensiones entre las exigencias de la vida de la comunidad y las exigencias del apostolado. Y esto ocurre concretamente por dos razones:

a) Aunque el número de miembros en muchas de nuestras casas está disminuyendo, la cantidad de trabajo sigue siendo la misma o incluso aumenta;

b) En tales circunstancias, algunos se preguntan si no deberían abandonar la vida de la comunidad en favor de las necesidades de la Iglesia, mientras otros también se preguntan si no deberían abandonar ciertas tareas apostólicas en favor de la vida de comunidad.

¿Cómo afrontar esa tensión? Efectivamente, debemos estar al servicio de la Iglesia, como dice Agustín. ¿Pero a cualquier precio? No, no a costa del carisma agustiniano, a saber, de la vida de comunidad. Y en esto también Agustín puede servirnos de modelo. También nuestra vida comunitaria es una forma de apostolado, si se vive según nos enseñan Agustín y nuestra sana tradición. Más aún, esta vida de comunidad es un contrapeso al mal del individualismo de nuestros días y de la soledad, y es por ello un servicio a los demás.

63. Las anteriores consideraciones no quieren ignorar las situaciones concretas. Un agustino, por ejemplo, puede vivir fuera de la comunidad por haber sido enviado por su superior para asumir una tarea especial durante un tiempo limitado. Esto no significa que haya perdido interés por la vida de comunidad, ni que haya cortado sus relaciones con el grupo. Pero si empieza a vivir fuera de la comunidad a causa de la falta de interés y rehúsa toda participación en la vida comunitaria, entonces pueden sobrevenir consecuencias muy destructivas:

a) El peligro del individualismo se hace más presente; cada cual hace su propia vida y tiene su pequeño territorio en el que gobierna como dueño y señor;

b) Los capítulos locales y las reuniones de comunidad se vuelven imposibles;

c) La oración en común se vuelve impracticable.

Un buen modo de medir el éxito de una comunidad es fijarse en el equilibrio existente en las vidas de sus miembros. ¿Son personas que están entregadas de lleno a sus apostolados y suspiran sin embargo por tener tiempo para orar personalmente y en comunidad, así como para reunirse y dialogar en comunidad?

3.3. Preparación para el apostolado

64. Las cartas 21 y 22 de Agustín nos dan una buena visión de la preparación que él mismo hizo para la tarea apostólica. Según él, el ministerio es algo peligroso, *“pues no hay nada, especialmente en este tiempo, más fácil, más gratificante y más agradable a los ojos de la gente que el oficio de obispo, sacerdote o diácono si se ejerce con un espíritu superficial y rodeado de adulaciones”*⁷³. Como el ministerio es un oficio público y social, Agustín pide un tiempo de retiro de algunos meses para poder estudiar la Sagrada Escritura de modo que pueda aprender normas prácticas para trabajar bien con su gente, a la vez santa y pecadora. Vemos aquí que la Sagrada Escritura es lo primero. A su sed de conocimientos de la Biblia debe añadirse inmediatamente una sed de estudio en el sentido amplio de la palabra. En la carta 21

⁷² Serm. 17, 2, 2.

⁷³ Epist. 21; cfr. Epist. 22, 2, 7.

menciona cómo antes de su ordenación criticaba duramente al clero de su tiempo, considerándose a sí mismo como un hombre mejor y más preparado⁷⁴. Parece que el clero del Norte de Africa no lo estaba tanto y se mantuvo en un nivel intelectual bajo. En este sentido, Agustín puede ser considerado un reformador. No sin razón muchos de sus monjes fueron solicitados por el pueblo para ser obispos.

65. La lectura y el estudio eran para Agustín aspectos esenciales de la contemplación, tanto en las comunidades de hombres como en las de mujeres. Pero, al mismo tiempo, la lectura, el estudio y la contemplación son requisitos indispensables para el apostolado así como para la vida de comunidad. Si nuestra relación con Dios no es alimentada, no podemos esperar que nuestra relación con la gente sea fructífera. La primera implica vivir en la presencia de Dios; la segunda subraya nuestro deber de comunicar a los demás los frutos de nuestra contemplación y nuestro estudio: *“A Pedro le gustó la soledad de la montaña y sintió repugnancia de estar entre la multitud... Pero el Señor le contestó: ¡Baja Pedro! Puede que te guste descansar en la montaña, pero baja y predica la Buena Nueva. Te reciban o no, insiste. Refuta la mentira, reprende y corrige, pero hazlo todo con paciencia y siempre para enseñar. Trabaja con el sudor de tu frente, padece tortura de modo que por el ejemplo y belleza de tu trabajo lleno de amor puedas obtener lo que has contemplado en las blancas vestiduras del Señor”*⁷⁵.

3.4. Variedad de actividades apostólicas

66. Como hemos visto, Agustín era también muy consciente de las dimensiones sociales de la actividad apostólica. Desde el descubrimiento, hace algunos años, de un buen número de cartas suyas, estamos mucho mejor informados acerca de su opción por los pobres y su acción en favor de los oprimidos. En sus *Confesiones* había ya escrito: *“En tu casa Señor, no está permitido preferir el rico al pobre o el noble a aquellos de origen humilde. Tú has escogido lo débil del mundo para confundir a los poderosos, y has escogido lo bajo y despreciable de este mundo, y lo que no es nada. Lo has escogido como si fuera algo, para convertir en nada al que se cree algo”*⁷⁶. Aunque Agustín tuvo la vida contemplativa en gran estima y expresó varias veces su preferencia por ella, sin embargo él se negó a interpretar como un reproche las palabras de Jesús a Marta: *“Marta, Marta, te preocupas e inquietas por muchas cosas... Es María la que ha elegido la mejor parte”*. *“¿Cómo podría Jesús hacer un reproche a Marta que se alegró de recibir a un huésped tan sublime? Si eso fuera un reproche, ya no habría nadie que se preocupase por los necesitados. Todo el mundo escogería entonces la mejor parte y diría: ‘Vamos a pasar todo nuestro tiempo escuchando la palabra de Dios...’ Pero si ocurriera esto, no habría nadie en la ciudad para cuidar del extranjero, de la persona necesitada de pan o de vestido; no habría nadie para visitar al enfermo, nadie para liberar a los cautivos, nadie para enterrar a los muertos... Las obras de misericordia con la gente desgraciada son necesarias aquí en la tierra”*⁷⁷. Pero el apostolado no consiste solamente en dar a los demás. También nosotros recibimos de ellos, incluso de los desamparados. Agustín afirma: *“Nadie puede decir: Yo doy, él recibe... Tal vez tu carencia sea mayor que la suya. El necesita pan, tú necesitas integridad. El va en busca de techo, tú vas en busca del cielo. Su carencia es de dinero, la tuya de justicia”*⁷⁸.

⁷⁴ *Epist.* 21, 2.

⁷⁵ *Serm.* 78, 3-6.

⁷⁶ *Conf.* 4, 9.

⁷⁷ *Serm.* 104, 1, 2 - 2, 3.

⁷⁸ *Serm.* 239, 4, 4.

67. Ciertamente, hay una gran variedad de apostolados. Difieren de un continente a otro, de un país a otro. Incluso en una misma casa las personas asumen diversas tareas en distintas áreas. Las necesidades de los demás determinarán las formas de nuestro apostolado. Con el fin de hacer una elección correcta, debemos estudiar la situación del mundo que nos rodea, así como la situación de la Iglesia en las diferentes partes del mundo de hoy. Para dar un ejemplo muy general, podemos centrar nuestra atención en el fenómeno típicamente occidental que se ha calificado como “ateísmo barato o pacífico”, esto es, la ignorancia y la indiferencia con respecto a la religión y los valores religiosos. Pero el principal problema en otras partes del mundo consiste, sobre todo, en el abismo entre ricos y pobres y en cómo frenar la injusticia social. El apostolado en estos lugares debe dirigirse, en primer lugar, a superar toda forma de injusticia. Cualquiera que sea la situación, el apostolado agustiniano debe realizarse con profesionalidad, con comprensión y respeto por el trabajo de cada uno y con el apoyo y el respeto de toda la comunidad.

PARTE III LOS AGENTES DE LA FORMACION

1. El Contexto humano, social y cultural

68. La formación se desarrolla en un contexto sociocultural concreto que ejerce por sí mismo una gran influencia. Independientemente de la etapa de la formación en la que uno se encuentre, sea inicial o permanente, somos formados en y por nuestro mundo y no al margen de él. Por eso tenemos que aprender a dialogar en una situación religioso-cultural plural. Esto exige de nosotros una actitud de apertura y respeto. Requiere también por nuestra parte una familiaridad con la siempre cambiante situación global de la Humanidad en sus dimensiones políticas, sociales y económicas, de tal manera que podamos analizar críticamente sus valores dominantes, desde la perspectiva del Evangelio, siempre con la vista puesta en los “signos de los tiempos”.

69. Los candidatos y futuros agustinos son también herederos del ambiente cultural y académico en el cual maduran durante su formación inicial. Por eso deberían ser ayudados para progresar desde la mera recepción a ser ellos mismos capaces de contribuir al enriquecimiento cultural y académico de la Orden y, en diálogo fraterno con los demás, de la sociedad en general. En este sentido, los grandes cambios del mundo actual (CA 22-29) y los problemas de nuestra civilización moderna no pueden ser de ninguna manera meros elementos marginales en la formación. Algunos de esos problemas que deben ser tratados son: Las relaciones Norte-Sur, los desafíos de la Nueva Evangelización (CL 34), el ecologismo, la opción por los pobres y por los jóvenes, el respeto a las diversas culturas, la dignidad de la mujer, así como las Nuevas Fronteras a las que se enfrenta la Iglesia y nuestra Orden⁷⁹.

70. Por otra parte, nuestra forma de vida tiene algo importante que decir a la cultura que nos rodea. Tratamos de dar testimonio de esa verdad agustiniana según la cual la persona no puede entenderse adecuadamente a sí misma si no es en relación con Dios. Sólo Dios puede saciar el hambre más profunda del corazón. En un medio cultural donde el impulso hacia la auto-realización es avasallador, nuestro estilo de vida propone un sistema opuesto de valores y prioridades. La vida religiosa, a través de sus carismas particulares, trata de proclamar a su modo lo que otras formas de vida cristiana proclaman de otra manera, a saber: que la vida humana, en todas sus dimensiones, está fundamentalmente unida al plan de Dios; somos co-creadores en el establecimiento del Reino de justicia, de amor y de paz que Jesús ha inaugurado. Y es

⁷⁹ Cfr. Capítulo General de 1989.

en la realización de este proyecto en nosotros mismos y en nuestro mundo donde hallamos la más profunda afirmación de nuestro valor y dignidad.

71. Cada candidato es el principal agente de su propia formación. Llamado, como ha sido, desde su humanidad y al servicio de la Humanidad, su vocación debe hacerlo también más profundamente humano. Su búsqueda de Dios, en y por medio de nuestra forma de vida, está enraizada en el bautismo y es, desde la perspectiva de Agustín, la expresión de la preocupación de Dios por él como individuo dotado del don de la vida y llamado a vivirla en plenitud. En el deseo expresado por cada candidato de vivir con nosotros, reconocemos el encuentro de dos libertades: la libre iniciativa amorosa de Dios al llamarlo, y la libre respuesta del candidato a esta llamada. Este “sí” inicial y la profundización en esta respuesta forman un movimiento que comprende toda una vida. Un movimiento que implica una peregrinación en la fe a modo de como lo hizo Abraham, una formación en Cristo que se entiende mejor como transformación. Cualquiera que sea la ayuda que la Orden ofrece al candidato, debe ser considerada como una capacitación para que éste se comprometa de todo corazón con este dinamismo hasta el momento en que necesite apoyarse cada vez menos en otros agentes humanos. Como dice Agustín: *“Por eso, sábetete que tanto más cierta, sólida y sanamente me gozo de tu fe, esperanza y caridad, cuanto menos necesites aprender, no sólo de mí, sino también de cualquier hombre”*⁸⁰.

2. Cristo, Maestro interior, y el Espíritu Santo

72. No obstante, el candidato no está solo en este camino de transformación: Dios que lo ha llamado es fiel y da a cada uno, en lo profundo de su ser, el don de Cristo, maestro y guía. Cristo es el primer maestro en el proceso de formación: *“Tú no tienes más que un Maestro, Cristo. Ten por absolutamente cierto que, incluso si llegas a aprender algo bueno de mí, tu verdadero Maestro será siempre el Maestro del hombre interior. Es él quien te capacita para entender en lo profundo de tu ser la verdad de lo que se te dice”*⁸¹. Esta transformación en Cristo es, pues, obra del Espíritu. Su efecto es un progresivo crecimiento en una amorosa fidelidad y una generosa respuesta a aquel Amor que es Dios y que es el primero en mover al candidato a seguir nuestra forma de vida.

3. La Iglesia y María

73. La Iglesia es obra de la Trinidad y, a su imagen, una comunidad universal de amor⁸². Esta misma Iglesia engendra, nutre y cuida con amor profundo la vida religiosa de sus hijos.

María, la madre de Jesús, es un modelo de este amor profundo y permanente. Ella fue invitada a seguir una forma de discipulado sin precedentes: ser la portadora, educadora y consejera de Jesús. Desde su primer paso en ese camino de discipulado, María experimentó el vértigo y el desafío que es la herencia de todo discípulo (Lc 1,29-30). Ella aceptó la maternidad, ofreció su generoso “Fiat” y perseveró en el seguimiento hasta la cruz e incluso más allá de ella. Ella asumió con fortaleza familiarizarse con el desafío del seguimiento de Jesús, aprender lo que Dios quería de ella, y acostumbrarse a una vida de riesgos. Se trata de una discípula a la que podemos dirigirnos en busca de guía y consejo.

Durante siglos, ha sido venerada en nuestra Orden como Nuestra Señora de Gracia, Nuestra Señora del Socorro, Nuestra Madre de la Consolación, y Nuestra

⁸⁰ *Epist.* 266, 3-4.

⁸¹ *Ibid.*

⁸² *PI*, 23; *In loa. ev.* 105, 3; *In loa. ev.* 9, 8; *De Trin.* 15, 6, 10.

Madre del Buen Consejo. En la senda no siempre fácil de la formación, es justo que recurramos a su maternal sabiduría e intercesión, de modo que por su “*fe íntegra, esperanza sólida y caridad sincera*”⁸³, sea nuestro modelo en la formación y a lo largo de nuestra vida.

4. El candidato

74. Se debería poner sumo cuidado en la selección y preparación de los candidatos antes de su admisión al Noviciado⁸⁴. Estos deben manifestar una progresiva inquietud por Dios, un deseo de crecer en la oración y una conciencia de sentirse atraídos por la persona de Cristo y su mensaje. Esta conciencia debe expresarse en una voluntad de aprender y crecer como respuesta al amor de Dios. Deben manifestar también atracción por la vida comunitaria y capacidad para compartir los bienes materiales y espirituales, que son el sello del carisma agustiniano.

75. Dado que los candidatos son los responsables últimos de su propia formación (PI 29), durante el tiempo de la formación inicial cada uno de ellos debería crecer hacia un nivel de madurez humana que refleje capacidad para auto-controlarse y para tomar decisiones responsables. Sobre todo, la opción por una vida de amoroso celibato, pobreza y obediencia, debería estar suficientemente fundamentada y conformada. Estas y otras elecciones requieren un grado de libertad interior que no puede darse por supuesto. Se deberá proporcionar al candidato ayuda profesional cuando sea necesaria, de modo que los valores evangélicos se conviertan en su opción prevalente, más que su status personal o su seguridad. La fe personal en Jesucristo y un vivo compromiso con los valores ensalzados en los votos son el fundamento de una participación significativa en la vida comunitaria. Sin esa convicción y compromiso personales, se mina la vida comunitaria y corre el riesgo de convertirse meramente en un vehículo arbitrario para satisfacer la necesidad humana de apoyo, comprensión y pertenencia. Los candidatos necesitan incentivos y respaldo en esa peregrinación en que integran sus necesidades emocionales con los valores de los que presumen para que los valores religiosos sean interiorizados y puedan más fácilmente dar consistencia al compromiso. Lejos de considerar nuestro modo de vida como un puerto seguro o una “fuga mundi”, el candidato debe entenderlo y experimentarlo como un camino de gracia para comprometerse con la vida en toda su plenitud, con sus luces y sombras. De este modo, y junto con los demás hermanos, debería intentar descubrir en sí mismo y en su entorno la presencia de Cristo Resucitado, que “no se aferró a su ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo” (Fil 2,6) para que podamos gozar de la plenitud de la vida.

5. La comunidad de formación

76. Mientras que en casi todas las congregaciones la vida de comunidad juega un papel privilegiado en todas las etapas (PI 26), para nosotros agustinos se encuentra en el corazón de nuestra identidad y de nuestro carisma. La vida comunitaria es para nosotros no simplemente un medio que conduce a un fin. Es más bien significativa en sí misma, pues es el primer lugar donde el amor a Dios que profesamos se realiza concretamente en el amor al prójimo⁸⁵. La centralidad de la vida comunitaria en nuestra espiritualidad, subraya la importancia de la comunidad de formación, su constitución y las estructuras y el espíritu que la impregnan. Es primariamente a través

⁸³ *In Joa. ev.* 13, 12; *Serm.* 191, 2, 2.

⁸⁴ *Const.* 226; PI 42.

⁸⁵ Cfr. *supra* nn. 15-20; Acta O.S.A. (1971) 91-94.

de la experiencia que viven de la comunidad como los candidatos se forman en lo que significa ser agustino.

77. Las comunidades de formación, requieren, por su misma naturaleza, una estructura y un ritmo propio. Todos los años de formación deberían pasarse en comunidades que en tanto en cuanto sea humanamente posible garanticen y testimonien los valores expuestos en la segunda parte de este *Plan*. Todos los hermanos de estas comunidades de formación que hayan terminado ya su formación inicial deben ser siempre conscientes de la influencia formativa de su ejemplo, de su apoyo y de su entusiasmo.

78. Debido a esta influencia, todos los miembros de las comunidades de formación deberían esforzarse en profundizar los lazos de unión entre ellos. Esto puede hacerse a través del diálogo a distintos niveles, de intercambio de recursos materiales, espirituales e intelectuales, la práctica de la tolerancia, y la paciencia de unos con otros⁸⁶. En la medida de lo posible, estas comunidades deberán intentar desarrollar algunas estructuras que favorezcan la participación de los formandos en la discusión de aquellas cuestiones comunitarias que afectan a todos los hermanos, con el debido respeto a las disposiciones de nuestras *Constituciones*.

6. Los formadores

79. En cada Provincia o conjunto de Provincias u otras Jurisdicciones donde hay establecidos proyectos comunes, el papel decisivo de formar candidatos para nuestra forma de vida está confiado a uno o más hermanos que ejercen este ministerio en nombre de sus respectivas Provincias y de la Orden. El personal de formación debería ser cuidadosamente seleccionado de entre aquellos que muestren un amor especial a la Orden y a sus ideales. Las personas elegidas para trabajar en la formación deberían tener una experiencia razonablemente amplia de la vida de comunidad y del apostolado. Deberían tener una adecuada preparación previa y la permanencia en su oficio debería ser tal que asegure una cierta estabilidad en la tarea formativa. Es labor suya enseñar, guiar y orientar el crecimiento humano y espiritual de aquellos que les son confiados en cada etapa de la formación, tratando de discernir la autenticidad de la vocación a la vida religiosa agustiniana de cada individuo. Finalmente, es responsabilidad suya examinar cuidadosamente y evaluar el progreso de cada uno y hacer las apropiadas recomendaciones al respecto al Provincial y su Consejo.

80. Como generalmente es imposible que los formadores posean todas las cualidades deseadas y la preparación posible, es necesario que cuenten con otras personas más especializadas que puedan ayudarlos en ciertas áreas de la formación como, por ejemplo, la teología agustiniana, espiritualidad e historia, ciencias psico-pedagógicas y el acompañamiento espiritual de los candidatos.

81. Donde este ministerio ha sido confiado a un Equipo de formación, el Provincial o la autoridad competente debe asegurarse de que esas personas estén preparadas para trabajar en equipo, de acuerdo con el Plan propio de Formación redactado por sus respectivas Provincias. Este Plan debería indicar con claridad la sustancia y el contenido del proceso formativo, esto es, la organización de la vida de comunidad en sus distintas facetas (vida de oración, relaciones interpersonales, trabajo, obligaciones, etc...), formación en la espiritualidad agustiniana, entrevistas personales y criterios de evaluación. Más aún, ellos deberían complementarse mutuamente al servicio de una visión coherente y consistente de la formación en la Iglesia local y universal.

⁸⁶ Cfr. supra nn. 19-28.

7. La Orden Agustiniiana

82. Nuestra Orden posee un gran tesoro en la vida y las obras de Agustín, en la herencia espiritual de sus santos y sabios, de sus teólogos y pensadores, de sus místicos y mártires, en sus religiosos ejemplares, en las diversas comunidades religiosas e iglesias locales tanto del pasado como del presente. La Orden ofrece con alegría este rico tesoro a sus formandos, de modo que durante toda su vida puedan encontrar en él una experiencia evangélica siempre antigua y siempre nueva.

83. Por otra parte, los candidatos deben formarse de tal modo que sean capaces de amar profundamente a sus Provincias, sus propias culturas, naciones y pueblos, así como participar también en la conciencia de pertenencia a una Orden que, por encima y más allá de divisiones jurídicas, se sabe comprometida con una visión universal⁸⁷.

84. Con este objetivo en mente, se encarece a los Asistentes Generales organizar visitas de intercambio, a nivel interregional e internacional, encuentros y cursos, para aquellos que se encuentran en las primeras etapas de formación⁸⁸.

PARTE IV ETAPAS DE LA FORMACION

85. La formación para la vida religiosa en la comunidad agustiniana es de suma importancia para cada uno de los hermanos y para el bienestar de la Orden. Actualmente, la formación inicial consta de prenoviciado, noviciado y etapa de la profesión temporal. La formación ha de hacerse de un modo gradual y sistemático, tratando siempre de mantener un equilibrio entre los valores humanos y aquéllos basados en los consejos evangélicos. Esta formación debería desarrollarse siempre desde la comunidad de vida, la comunidad de fe y de apostolado, que constituyen la quintaesencia de la comunidad agustiniana⁸⁹.

1. PRE-NOVICIADO

Finalidad

86. El periodo de prenoviciado debe durar un tiempo razonable⁹⁰. Ordinariamente deberá hacerse residiendo en una comunidad. Solamente de un modo excepcional se hará por medio de un acompañamiento bajo la responsabilidad de uno de los hermanos. El fin del prenoviciado es familiarizar gradualmente al prenovicio con la vida de la comunidad agustiniana y a la comunidad agustiniana con el candidato al noviciado. De este modo el candidato debería sentirse capaz de tomar una decisión serena y libremente responsable para entrar en el Noviciado con tales disposiciones que le permitan sacar el adecuado provecho de toda la experiencia del Noviciado en sus distintas dimensiones: formación humana, vida interior, fraternidad y compromiso para con Dios y con los demás⁹¹.

87. El prenoviciado debería ayudar al candidato a:

a) Adquirir un conocimiento inicial de la vida comunitaria agustiniana⁹² y hacer una inicial opción por ella en el contexto de su propia cultura y ambiente de amistad.

b) Crecer en el conocimiento de sí mismo y de Dios⁹³, de modo que desarrolle su conciencia de ser llamado, todo ello a través de una actitud práctica de interioridad, apertura y diálogo⁹⁴.

⁸⁷ "Los agustinos hacia el 2000": 3.2.

⁸⁸ Ibid., 24.

⁸⁹ Cfr. Doc. Dublín, 1974: 34-38.

⁹⁰ Cfr. *Const.* 228.

⁹¹ RC 4; CIC, 597, par.2.

⁹² *En in ps.* 99, 12.

Medios

88. Aunque en la escuela del Señor todos somos condiscípulos, uno de los hermanos será particularmente responsable de ayudar al candidato a abrirse más a Cristo, comprender mejor sus motivaciones, conocer más claramente su vocación y discernir el sentido de sus opciones⁹⁵.

89. De acuerdo con el Plan de Formación, y con el apoyo del hermano arriba mencionado, la comunidad ofrecerá al candidato una educación sistemática para introducirlo en la vida de oración y en la vida sacramental⁹⁶.

90. Cuando el prenoviciado se haga residiendo en una comunidad, se programarán encuentros y actividades periódicas que ayuden al candidato a crecer en su formación humana, cristiana, religiosa y agustiniana. Cuando el candidato no resida en una comunidad, se procurará conseguir resultados similares en el mejor modo posible, facilitando la integración gradual del prenovicio en la vida de la comunidad, sus celebraciones y trabajos.

Se animará positivamente al candidato y se le proveerá con el apoyo psicológico necesario para que pueda liberarse de toda preocupación de su vida pasada y llegue así a abrirse a la amistad y al diálogo. De este modo podrá desarrollar más sus potencialidades y estar mejor preparado para crecer en el servicio a los demás.

91. Donde haya seminario menor, se ha de prestar gran atención a la formación humana, religiosa y agustiniana de los seminaristas. Se procurará establecer equipos de formación bien preparados e integrados como los que existen para las otras etapas de la formación⁹⁷. Estos equipos estarán bajo la moderación del P. Provincial y su Consejo. Cada seminario tendrá su propio programa de Formación. La última etapa del seminario menor podrá ser considerada como tiempo de Prenoviciado.

Criterios de evaluación

92. Durante el tiempo de prenoviciado, el crecimiento del candidato en los diferentes aspectos del proceso formativo se valorará por medio de entrevistas personales, acompañamiento espiritual y reuniones de grupo. En este proceso, hay que examinar siempre claramente las diferentes facetas de la vida del candidato, respetando siempre a la persona y su intimidad.

93. En toda evaluación se deberían considerar, entre otros, los siguientes aspectos, que son de gran importancia:

a) Evaluar la formación humana del candidato, y su deseo de crecer responsablemente tal y como esto se manifiesta en su actitud concreta ante la vida.

b) Observar su capacidad para un crecimiento progresivo en la vida de interioridad y en el conocimiento de Cristo y del Evangelio en el contexto de la vida diaria, así como su apertura a la amistad.

c) Determinar su deseable progreso en la vida comunitaria y en su integración afectiva y personal en ella.

d) Observar su capacidad de apertura a los demás, de crítica y autocrítica, sin extremismos.

e) Atender sus actitudes de generosidad para con los hermanos y de compromiso en el apostolado.

⁹³ *Solil.* 1, 1, 1; *Conf.* 10, 1, 1.

⁹⁴ Cfr. *supra*, nn. 75 y 21-28.

⁹⁵ *Serm.* 292, 1, 1; *De op. mon.* 22, 25.

⁹⁶ *De Doctr. Christ.* 1, 10, 10; 1, 34, 38; 3, 9, 13 y *passim*.

⁹⁷ Capítulo General Intermedio, México 1980, Mensaje sobre Formación nº 7; *Const.* 227, 233.

2. NOVICIADO

Finalidad

94. El Noviciado es un momento privilegiado en la formación para la vida religiosa agustiniana. Su fin básico es dar a conocer y vivir las exigencias fundamentales de esta vida a través de un descubrimiento personal de Cristo, Maestro interior y Palabra salvadora⁹⁸. Esto debería hacerse de tal modo que, por medio de una auténtica conversión, el seguimiento de Cristo, sin perder de vista la experiencia de Agustín y nuestra tradición, se constituya de hecho en nuestra vida religiosa⁹⁹.

Medios

95. El noviciado es un momento muy apropiado para dedicar tranquilamente tiempo a la vida de oración, a la convivencia fraterna y a la práctica de los votos, sin otras tareas de por medio. Es un momento de crecimiento en la experiencia personal concreta de la fe por medio de una formación en la vida de oración considerada como un diálogo y una amistad con Dios, como una mediación de la Palabra y un descubrimiento del amor de Dios en la propia vida¹⁰⁰. Este crecimiento en la fe se realiza también por medio de la liturgia y los sacramentos de la Iglesia, especialmente la Reconciliación y la Eucaristía¹⁰¹, y con frecuentes días de retiro en ambientes de amistad y de puesta en común de la fe, de modo que el noviciado se convierta en una genuina iniciación a la vida religiosa agustiniana.

96. En este proceso, el Maestro de novicios acompañará fraternalmente a cada uno de ellos, con los que dialogará frecuentemente con ellos sobre los diversos aspectos de la Formación (PI 52).

97. Un medio importante para apoyar todos los objetivos formativos es facilitar el conocimiento y la experiencia de la vida religiosa agustiniana por medio de clases o de trabajos personales¹⁰². Estas clases y trabajos versarán sobre la Palabra de Dios¹⁰³, la liturgia, la vida comunitaria y el apostolado, la consagración a Dios en la vida religiosa por medio de los votos; la vida y obra de San Agustín, la espiritualidad agustiniana, la historia de la Orden y de las Provincias, la conversión y el compromiso apostólico en la vida agustiniana y su influjo en el mundo actual. Donde haya un programa intercongregacional de noviciado, se dará aparte una formación agustiniana específica.

98. Aunque la ascesis agustiniana más importante es la vida de comunidad cuando es vivida con amor, no conviene pasar por alto una cierta sencillez de vida, una sana austeridad¹⁰⁴, cariño por los trabajos comunitarios y todos los otros medios que Agustín recomienda, con tanta humanidad, en la *Regla* y en sus otros escritos.

Criterios de evaluación

99. El Maestro de novicios y sus ayudantes harán una evaluación periódica de la marcha del Programa del Noviciado, de cada uno de los novicios y de los distintos objetivos y metas de la Formación.

Algunos aspectos a tener en cuenta en esta evaluación son:

⁹⁸ *Serm.* 134, 1, 1.

⁹⁹ PC 2; CIC, 646; PI 45-47.

¹⁰⁰ Cfr. supra, nn. 19-20; *Const. Ratisbona*, cap. 12, 113.

¹⁰¹ *Serm.* 227; *De civ. Dei* X, 6.

¹⁰² *Retract.* 1, 26; *De div. quaest.* 83.

¹⁰³ Cfr. supra, n. 13.

¹⁰⁴ Cfr. supra, n. 36.

- Crecimiento en la vida de oración, en compartir la fe y en el deseo de progresar en la propia formación.
- Participación activa en la vida de la comunidad y en sus trabajos.
- Madurez apropiada para su edad en la vivencia de los votos.
- Libertad evangélica ante el consumismo actual y sensibilidad ante la injusticia.
- Aprecio por el apostolado en la comunidad.

3. LA ETAPA DE LA PROFESION TEMPORAL

Finalidad

100. La etapa de la profesión temporal, que es la tercera de la Formación, comienza con la profesión religiosa. Durante este tiempo, y después de haber hecho los votos, los hermanos participan más profundamente en una comunidad que comparte la fe, la vida y el trabajo, y en todo lo que la vida religiosa agustiniana comporta. Durante este periodo de crecimiento, el compromiso personal debería conducir a uno al compromiso incondicional con Dios en la profesión solemne.

Medios

101. El medio principal de la formación agustiniana es la vivencia de la vida comunitaria día a día de una manera fraterna, dedicada y alegre¹⁰⁵. Esto supone comprometerse tanto en el trabajo concreto de la comunidad así como en un continuo compartir la fe y la vida en común con los hermanos, según se indica en nuestras *Constituciones*¹⁰⁶. En esta etapa la oración debería madurar como una cuestión de responsabilidad personal y facilitar una mayor puesta en común de la fe con la comunidad. Este compartir la fe ayuda a superar la superficialidad, el individualismo y la falta de sentido comunitario, así como a formar una verdadera comunidad de vida, de fe y de trabajo que no eluda las realidades de la vida¹⁰⁷.

102. La comunidad agustiniana debería estar tan empapada de espíritu fraterno que pudiesen florecer el diálogo y la corresponsabilidad en la amistad. Esta sería la mejor garantía para una formación continua en el amor de Dios y en el auténtico crecimiento humano. Por esta razón se debe fomentar un continuo diálogo entre todos los hermanos¹⁰⁸. Este clima de amistad agustiniana debería suscitar un intercambio regular de opiniones con los formadores sobre la vocación, la consagración religiosa, la vida comunitaria y el apostolado, el sentido de los votos, dificultades y tensiones, el futuro de cada uno y la forma concreta en la que cada religioso puede trabajar en la misión de la Iglesia.

- Conviene celebrar adecuadamente todos los momentos importantes de la comunidad agustiniana, tanto desde el punto de vista litúrgico como teniendo en cuenta las costumbres locales.

- Para obtener un posterior crecimiento en los diversos aspectos de la vida religiosa agustiniana y en su vivencia actual, conviene que haya, con cierta frecuencia, encuentros que favorezcan el intercambio de opiniones. En ellas deberían tratarse todos los temas importantes referentes a la formación como: la espiritualidad y la vida agustiniana hoy, la misión y la doctrina social de la Iglesia en el mundo actual¹⁰⁹, así como otros temas importantes para la vida religiosa y la formación humana y profesional de los religiosos.

¹⁰⁵ Cfr. supra, nn. 16-18, Doc. de Dublín, 62-67.

¹⁰⁶ Nn. 7-15; 112-120.

¹⁰⁷ *De op. mon. passim.*

¹⁰⁸ Cfr. supra, n. 28.

¹⁰⁹ Cap. Gral. 1989, 25.

103. El estudio y la investigación forman parte de la tradición más viva y genuina de la vida religiosa agustiniana. Se trata de un don de Dios a la Orden que nos viene de la vida y escritos de Agustín y nuestros predecesores. Se halla al servicio de nuestra vocación para seguir a Jesús, y debería alimentar nuestra oración, nuestra vida de comunidad y nuestras tareas apostólicas. El estudio sistemático de la teología¹¹⁰ y de las demás ciencias humanas, debería realizarse como un medio fundamental en la preparación de los religiosos agustinos, y como un verdadero apostolado que ayudará la vida de fe y el apostolado de cada uno, tanto ahora como en el futuro¹¹¹. En casos particulares, se harán acomodaciones convenientes de acuerdo con las autoridades respectivas. Pero la preparación en los estudios debe llevarnos a un auténtico conocimiento de Cristo y a vivir lo que aprendemos en la teología¹¹². Para que la preparación teológica de los religiosos no sea vista como un fracaso, debe convertirse para ellos en una fuente abundante de crecimiento en la vida espiritual y humana (*PI* 58 y 60-62).

Cuando se estudie la teología fuera de un centro agustiniano de estudios, se darán cursos sobre San Agustín que cada Plan propio de formación debe especificar en cuanto al tiempo y al método. De la misma forma, estos programas de formación concretarán la manera de presentar cursos sobre Justicia y Paz en conformidad de los deseos del Capítulo General de 1989¹¹³.

104. Los profesos deberían, con el apoyo de los formadores y de especialistas en el tema, ir responsabilizándose gradualmente en alguna tarea pastoral¹¹⁴. Ésta debería tener lugar tanto en el propio contexto cultural como en otros diferentes, en situaciones más fáciles y en otras más difíciles, e incluso entre marginados. Del mismo modo, es importante conceder especial atención a la vida litúrgica en la vida religiosa, sobre todo en la celebración de la Eucaristía, de modo que esta vida litúrgica pueda ser vivida en toda su profundidad. Para conseguir estos objetivos, los hermanos deberían participar en cursos y actividades a fin de completar su formación. Debemos tener sumo empeño en integrar teología y vida pastoral.

105. Nunca se debe olvidar que el objetivo de la vida religiosa de los nuevos profesos durante la formación inicial es alcanzar el momento importante de la profesión solemne. Esta profesión solemne es un compromiso incondicional con Dios y con la Iglesia, con la Orden y con los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Esta perspectiva, por lo tanto, debe tenerse siempre presente a través de toda la formación inicial, de modo que los hermanos alcancen su decisión para la profesión solemne a través de un verdadero progreso en el crecimiento humano y religioso.

106. Para estimular la participación de todos los hermanos en la vida comunitaria, las formas y modos concretos para llevar a la práctica esa vida de comunidad deberían ser elaboradas por todos juntos.

Criterios de evaluación

107. Para que no nos volvamos curiosos de las vidas ajenas mientras descuidamos las nuestras¹¹⁵, el Equipo de formación debe promover la evaluación personal y comunitaria, con la frecuencia determinada por el Maestro o el mismo Equipo. Esta evaluación debe hacerse en ambiente de amistad, diálogo y

¹¹⁰ Cfr. *supra*, 64-65; *Pastores dabo vobis*, 51-56: *Const.* 124-156.

¹¹¹ Possidio, *Vita Augustini* 3; *De op. mon.* 29, 37.

¹¹² *Epist.* 137, 1, 3.

¹¹³ Cfr. Programa nº 25.

¹¹⁴ Cfr. *supra* 64-65; *PI* 62.

¹¹⁵ *Conf.* 10, 3, 3; *Serm.* 63A (*Mai* 25), 1: *MA* 1, 317.

corresponsabilidad que deben caracterizar toda la formación agustiniana. Para prepararla deberán tener en cuenta los diferentes aspectos de la vida religiosa, y especialmente la vida de comunidad, la oración, el apostolado, los votos, y el sentido de entrega de cada uno a Dios y a los demás. Este sentido de la entrega debe ser vivido por cada hermano no ya de un modo rutinario o impersonal, sino con auténtico convencimiento y con un verdadero sentido de la vida comunitaria.

4. EL APOSTOLADO AGUSTINIANO

Finalidad

108. Todos estamos llamados, como religiosos, a participar de la misión de Cristo y en la vida apostólica de la Iglesia según el don de cada uno¹¹⁶. Un aspecto básico de la formación es el discernimiento, en cada una de sus etapas, del modo concreto en que cada uno es capaz de llevar adelante el ministerio pastoral. Más aún, muchos de nosotros estamos llamados a tomar parte en los ministerios ordenados de la Iglesia, especialmente en el diaconado y en el sacerdocio ministerial.

109. Nuestra meta es crecer en la integración práctica de nuestra vida religiosa y de las actividades apostólicas, de modo que el ministerio del apostolado se convierta en una verdadera fuente de santificación personal, de crecimiento de la vida comunitaria y de amor por nuestra misión al servicio de la Iglesia y de la gente.

Medios

110. Debemos esforzarnos continuamente por hacer significativa nuestra comunidad agustiniana como primera forma de nuestra predicación, de modo que seamos activos en la contemplación y contemplativos en la acción¹¹⁷. Nuestra vida de comunidad debería ofrecer al mundo un ejemplo real de una fraternidad auténticamente humana y sincera, que refleje el amor de Dios a todos los hombres sin distinción¹¹⁸.

a) Como agustinos, deberíamos cultivar siempre un sentido comunitario y de trabajo en equipo, en cada uno de nuestros esfuerzos pastorales. Esto es hoy especialmente necesario ahora que necesitamos renovar el tejido cristiano de la sociedad desafiando el individualismo y practicando la creatividad, tanto personal como comunitaria. De este modo, unidos por el Espíritu Santo que ha sido derramado por Dios en nuestros corazones, podemos cuidar del Cuerpo de Cristo y comunicar a otros una experiencia de vida en comunión¹¹⁹.

b) Movidos por la gratitud y no por la autocomplacencia, debemos prepararnos constantemente para proclamar de verdad el Reino de Dios expresando nuestra fe personal, y practicando un auténtico amor a la Iglesia. En el contexto de la experiencia agustiniana, debemos esforzarnos por comprender los problemas de nuestra época de un modo realista y lleno de esperanza. De esta manera, al tiempo que compartimos los gozos y las esperanzas de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, podemos evitar caer tanto en una paralizante rigidez como en una actitud favorable al “todo vale”.

c) Debemos aprender a escuchar a los demás, especialmente a los laicos y expertos, favoreciendo su colaboración y sus organizaciones apostólicas¹²⁰, de modo que podamos trabajar juntos, como amigos y hermanos, por la construcción del Reino de Dios. Debemos hacer también un constante esfuerzo para integrar nuestra vida

¹¹⁶ LG 41; *Const.* 157 y ss.

¹¹⁷ *Epist.* 48, 1-3; *De civ. Dei* 19, 19.

¹¹⁸ Doc. de Dublín 42 y 38.

¹¹⁹ CL 34; Discurso del Papa al Cap. Gral. 1989.

¹²⁰ Cfr. *Const.* 175.

religiosa y nuestra vida pastoral¹²¹. Más aún, en nuestro apostolado debemos encontrar siempre tiempo para nuestra vida de oración y para el estudio.

d) Toda esta labor requiere aprovechar muy bien el tiempo de la formación inicial y permanente para renovar nuestra vida comunitaria y apostólica¹²², en lo que se refiere a:

- la espiritualidad y los ministerios;
- el mismo apostolado: en la comunidad, en las misiones, en la atención a los marginados y en la asistencia social;
- cooperación en la vida ordinaria de una comunidad, lo cual incrementa la espiritualidad de la vida cotidiana por medio de trabajos sencillos;
- inculturación e inserción en experiencias de otras culturas y lenguas.

111. Debemos asumir en profundidad esa nueva evangelización (CL 34 y ss.) que debe anunciar a Cristo vivo al mundo actual con un nuevo entusiasmo, una dedicación renovada y con nuevos métodos. Para llevar esto a cabo deberíamos comprometernos con los pobres y marginados. Necesitamos también abrirnos más a colaborar con la iglesia local, considerándonos como socios del laicado en la misión. Deberíamos ser todos conscientes de los valores positivos del medio en que vivimos, así como de las ambigüedades y dificultades con las que nos confronta.

112. Es imprescindible que respetemos la diversidad de pueblos allí donde trabajamos. Esto posibilitará más que sepamos apreciar su herencia religiosa y cultural y nos pongamos en diálogo con ellos. Más aún, la gran movilidad de nuestro mundo de hoy y el carácter internacional de la Orden debería animarnos a estudiar otras lenguas, según la exhortación del Capítulo General de 1989 (nº50).

113. Con el fin de que todos puedan aprovechar plenamente su educación en el tiempo de formación y puedan tener la necesaria cualificación para unos estudios y una preparación ulteriores, y puedan además tener facilidad para su propia formación permanente en años posteriores, debería exigirse un nivel suficiente de educación general a todos los candidatos, independientemente de su opción por la ordenación o por la vida religiosa laical. A los hermanos que no están llamados al ministerio ordenado, se debe ofrecer una formación teológica práctica y pastoral, como preparación para su actividad apostólica. Del mismo modo, estos hermanos deben ser preparados minuciosamente para prestar un hábil servicio en la Orden. Su preparación académica debe ser continuada de acuerdo con la habilidad personal de cada uno con vistas a adquirir unas cualificaciones personales y técnicas apropiadas.

114. Aunque, como es bien sabido, el sacerdocio es un carisma diferente del de la vida religiosa¹²³, históricamente la Orden ha servido a la Iglesia con este ministerio¹²⁴. Efectivamente, para los que han sido llamados al sacerdocio, es el modo apropiado de servir a Dios y a los hermanos. Por tanto, debemos aceptar con humilde sencillez la llamada de la Iglesia a este servicio como una ulterior expresión de nuestro amor a ella y a la Humanidad. Del mismo modo deberíamos aceptar con verdadero sentido religioso los diversos ministerios en el campo de la educación, así como los nuevos ministerios parroquiales y misioneros que la Iglesia y los hombres nos solicitan hoy.

115. Para recibir el ministerio del **Lectorado**, uno tiene que haber conseguido un profundo aprecio por la Palabra de Dios y una habilidad adecuada para proclamarla.

Quien reciba el ministerio del **Acolitado** debe poseer un sentido adecuado del ministerio eucarístico y saber cuándo está autorizado a dar la comunión.

¹²¹ Cfr. supra, 56, 62-63 y Doc. de Dublín 92.

¹²² Cfr. *Const.* 110.

¹²³ Cfr. supra, 56-60.

¹²⁴ Cfr. *Const.* 3-4.

Se recomienda que quienes aspiren a estos ministerios lleven una vida religiosa equilibrada, sencilla, de cercanía con Dios, con los demás y con la experiencia cotidiana de la vida cristiana.

116. El **Diaconado** requiere haber conseguido familiaridad con la Palabra de Dios, capacidad para proclamarla y servicialidad hacia el Cuerpo de Cristo, todo lo cual se refleja en el claro ejemplo de la propia vida y en el compromiso social que este ministerio lleva consigo.

117. El **sacerdote** es ministro de la Palabra y del Sacramento¹²⁵. Debe comportarse como “*siervo de los siervos de Dios*”¹²⁶, pues es el pastor de todos: “somos siervos de la Iglesia, especialmente de los miembros más débiles”¹²⁷.

Este ministerio debe estar siempre integrado en la vida comunitaria¹²⁸.

El sacerdote debe estar dispuesto a servir al evangelio y al pueblo como pastor en el mundo actual, guardando el equilibrio entre las diversas funciones sacerdotales, al servicio de la Iglesia local y universal.

Criterios de evaluación

118. La fecundidad evangélica de nuestro apostolado requiere que adoptemos un punto de vista crítico, no sólo con el mundo y con los demás, sino también con nosotros mismos. Por eso debemos evaluar:

- a) nuestro esfuerzo evangélico al servicio de la Palabra;
- b) nuestro servicio a los hermanos;
- c) nuestra capacidad para escuchar la opinión de los demás sobre nuestro trabajo apostólico;
- d) nuestra capacidad para integrar la vida religiosa y el apostolado;
- e) nuestro esfuerzo de renovación para no quedarnos retrasados;
- f) nuestro interés por recibir ayuda, especialmente en los primeros años de apostolado.

5. FORMACION PERMANENTE

Finalidad

119. La formación permanente recibe su sentido fundamental de la necesidad de cultivar y revitalizar continuamente la gracia de la propia vocación. Como nos recuerda Agustín: “*Donde dijiste: 'basta', allí comenzó tu perdición*”¹²⁹. Esta es la razón por la que tenemos que avivar continuamente nuestra vida espiritual, encontrar cada día un renovado sentido a la vida común y a la fraternidad, y remozar incansablemente nuestra misión de anunciar el Evangelio. La formación permanente es esencial para que la formación inicial no se estanque o se convierta en un medio inútil de seguir a Cristo y de ser fieles al Espíritu de la Orden agustiniana.

120. Cada hermano debe ser totalmente consciente de que la renovación y la formación son un desafío para toda la vida¹³⁰. No hay sustituto para esto si la persona ha de permanecer fiel al Espíritu, a pesar de las vicisitudes de los tiempos, los rápidos cambios de nuestro mundo, las nuevas situaciones y la nueva cultura humana y religiosa, así como las nuevas tareas que se pide a sacerdotes y cristianos (PI 67). De

¹²⁵ *Epist.* 21, 3; 228, 2.

¹²⁶ *Epist.* 217, saludo.

¹²⁷ *De op. mon.* 29, 37.

¹²⁸ Cfr. *supra*, 56-60; *Const.* 172-173.

¹²⁹ *Serm.* 169, 15, 18.

¹³⁰ PI 66-71; PC 18; CL 63.

todo esto se deduce claramente que la formación permanente debe incluir todos los aspectos importantes tanto de nuestra vida humana como religiosa.

121. La formación permanente nos ha de llevar a vivir el propio trabajo y darle sentido religioso. De este modo hallaremos en él una verdadera dimensión contemplativa y sabremos cómo aprovechar todas las posibilidades que se presenten, llenos de un verdadero deseo de renovación.

Medios

122. a) El medio más importante de la formación permanente es una constante y significativa participación en la vida de la propia comunidad y de la circunscripción a la que cada uno pertenezca. Esto se realiza tomando parte en las celebraciones religiosas, en los trabajos de la comunidad, en sus tiempos de ocio. Esto llevará a cada uno a compartir todos los bienes, materiales y espirituales, en auténtica comunidad de vida, de fe y de trabajo.

b) Del mismo modo, debemos vivir nuestro compromiso apostólico como un medio importante para nuestra santificación. Esto implica dedicar suficiente tiempo a la preparación de nuestro apostolado, especialmente en lo que se refiere al servicio de la Palabra de Dios y a nuestra apertura hacia la gente y las personas implicadas con nosotros en las mismas tareas de apostolado¹³¹.

c) Igualmente importantes son para nosotros el retiro anual y los retiros periódicos, que se han de tener al menos en los tiempos litúrgicos especiales.

d) Deberíamos participar también en los cursillos de formación permanente a nivel Provincial o Regional, y en aquellos organizados para toda la Orden. Estos nos ofrecen la oportunidad de renovarnos en el plano humano y espiritual, en la caridad social y en nuestros carisma.

123. a) Cada uno de nosotros debe recordar que somos los primeros responsables de nuestra propia formación, madurez y crecimiento humano-vocacional. Nadie puede ocupar nuestro puesto en esta tarea (PI 29).

Por lo tanto, es necesario dedicar tiempo a *“trabajar sobre sí mismo”*¹³², para de este modo intentar prevenir y afrontar los problemas según vayan surgiendo con el paso de los años. En los primeros tiempos de vida religiosa y apostólica, lo hacemos mediante la reflexión personal, las convivencias, el apoyo personal, el acompañamiento espiritual y con otros medios que permitan un adecuado desarrollo de nuestra vida interior y de nuestro sentido de pertenencia religiosa. En nuestros años de madurez, necesitamos facilitar una renovación que contrarreste los peligros del individualismo, la indiferencia, la resignación, los conflictos excesivos, la amargura o el quemarse trabajando, así como otras crisis propias de esta edad. Todo esto requiere apoyo espiritual y humano por parte de la comunidad y de los superiores. Del mismo modo, los ancianos necesitan continuar desarrollando la generosidad e integrar toda su vida de modo que consigan fácilmente cuidar su salud, así como mantener las relaciones fraternal, su amistad con religiosos y sacerdotes, el amor hacia los demás y el entusiasmo. De este modo podrán afrontar la jubilación, la vejez y la enfermedad con las garantías que nacen de la fe, el amor y la esperanza.

b) En consecuencia, es necesario establecer momentos personales y comunitarios dedicados al tiempo libre que permitan a uno contemplar su vida y recuperar el control sobre ella.

c) Es importante que los hermanos dediquen periódicamente tiempo a la lectura de los clásicos de nuestra espiritualidad agustiniana, comenzando por las obras de San

¹³¹ Doc. de Dublín 83-84.

¹³² Juan Pablo II, AAS., 71 (1979) 413.

Agustín, la *Regla* y nuestras *Constituciones* consideradas como un libro de espiritualidad. En nuestras lecturas deberíamos incluir también los místicos agustinos, varones ejemplares dotados de especial sabiduría en este campo de la historia y espiritualidad de nuestra Orden, así como autores actuales de teología, espiritualidad, formación, pastoral y agustinología.

d) Para desarrollar el sentido de pertenencia conviene celebrar con auténtico cariño las fiestas y acontecimientos de la Orden, de la Provincia y de la propia Comunidad, todo ello de un modo humano, litúrgico y fraterno.

124. Los superiores mayores y el prior local se preocuparán por la salud de los hermanos de todas las edades. Su preocupación debería extenderse también a la realización personal y religiosa, con el debido respeto por la libertad personal¹³³. La comunidad entera debería atender con suma delicadeza a aquellos hermanos que experimentan distintas dificultades, ya en los años iniciales de su vida en la comunidad, en la edad madura o en la vejez. La comunidad debería apoyarlos reconociendo sus éxitos y celebrando los momentos importantes de sus vidas. Del mismo modo, la comunidad ha de proveer al hermano con medios especiales e incluso profesionales de evaluación, cuando los necesite o se considere oportuno.

125. Es también muy conveniente que las Provincias faciliten lugares de retiro, reposo y rehabilitación que permitan a los hermanos renovarse verdaderamente en momentos de crisis, cansancio o grandes dificultades. Son igualmente de gran ayuda cuando simplemente surge la necesidad de hacer un alto en el camino y dedicar algún tiempo a la renovación espiritual, comunitaria y pastoral.

126. Por lo que a los religiosos más jóvenes se refiere, tanto ellos mismos como sus Superiores Mayores, deben conceder especial atención a los siguientes aspectos:

1) la inserción en la comunidad donde son destinados, donde habrá que hacer que se sientan como en casa y donde sus cualidades pueden ser aprovechadas de forma apropiada;

2) el acompañamiento espiritual;

3) la organización de encuentros apropiados para religiosos de esa edad.

Criterios de evaluación

127. El Capítulo local y Provincial y el Prior General evaluarán todo este proceso de formación permanente y velarán para que se cumpla de forma adecuada.

BIBLIOGRAFIA AGUSTINIANA

I. PRE-NOVICIOS

1. Biografías

- GUILLOUX, P., *El alma de S. Agustín*, Trad.de Ignacio Núñez, Ed. Luis Gili, Barc. 1947

Libro clásico desde la perspectiva histórico-sociológica. El autor habla a los demás de lo que él ha penetrado y comprendido.

- CAPANAGA, V., *San Agustín*. Ed. Labor, Barcelona 1951

Biografía y exposición sintética del pensamiento y obras principales de San Agustín.

- GARCIA, F., *San Agustín*, Ed. Religión y Cultura, Madrid 1953

Síntesis de la vida de S. Agustín de fácil comprensión y lectura.

- MARROU, H.I. - LA BONNARDIERE, A.M., *S. Agustín y el agustinismo*. Ed. Aguilar, Madrid 1960

Presentación de la vida de S. Agustín e influjo de su pensamiento.

¹³³ Cfr. supra, 39; Doc. de Dublín 70-75.

- OROZ RETA, J., *San Agustín. Semblanza para jóvenes*. Ed. Augustinus, Madrid 1966
Vida de S. Agustín escrita expresamente para la juventud agustiniana.
- *San Agustín*, en *Grandes de todos los tiempos*. Texto de A. Ghirarli, Prensa Española en coedición con Mondadori Editore, Madrid 1970.
Estampas biográficas sobre todo a base de reproducciones en color de numerosas pinturas artísticas, restos arqueológicos y otros monumentos.
- ALONSO TURIENZO, T., *Vida de San Agustín*, Ed. El Escorial 1980
Presentación sencilla de la vida y figura de Agustín.

2. Antologías

- RUBIO, F., *Habla Agustín. Mil pensamientos para revivir*. Ed. El Buen Consejo. El Escorial 1968
Selección de sentencias y pensamientos sobre 33 temas diversos: amistad, alegría, creación, riqueza, etc.
- CAPANAGA, V., *Pensamiento de San Agustín. El hombre, Dios y el Dios-Hombre*, B.A.C., Madrid 1977.
Sentencias de San Agustín sobre el hombre, el misterio de Dios, el cuerpo de Cristo y su vida. Sigue un elenco de definiciones.
- RUBIO, P., *Recordar (la respuesta agustiniana)*, Estudio Agustiniano, Valladolid, 1970
Cuatro partes en esta antología: el hombre, el cristiano, el religioso y el educador.

II. NOVICIOS

1. Biografías

- POSIDIO, S., *Vida de San Agustín*, en *Obras de San Agustín*. BAC I, Madrid 1969.
Este es un documento de valor incalculable escrito seis o siete años después de la muerte de Agustín por alguien que vivió con él y compartió con él una amistad de cuarenta años. Da maravillosas pistas sobre cómo vivió el monacato, cómo desempeñó su apostolado y cuáles eran sus virtudes.
- BROWN, P., *Biografía de Agustín de Hipona*. Revista de Occidente, Madrid 1969.
La vida de San Agustín en su contexto histórico general.
- OROZ RETA, J., *San Agustín. El hombre, el escritor, el santo*. Ed. Augustinus, Madrid 1967.
Exposición de las líneas fundamentales de la personalidad de Agustín, acentuando los aspectos históricos, geográficos y literarios.

2. Vida Religiosa y Regla

- MANRIQUE, A., *Teología agustiniana de la vida religiosa*. Ed. La Ciudad de Dios, El Escorial 1964
Exposición sistemática de la vida religiosa agustiniana: principios fundamentales de la vida monástica, orientación agustiniana de la vida religiosa, espíritu de la vida religioso-agustiniana, la "reglas" de la vida monástica. Obra muy rica en textos y citas de San Agustín.
- CILLERUELO, L., *El monacato de San Agustín*. Archivo Teológico Agustiniano, Valladolid 1966.
Reflexión original sobre el monacato de S. Agustín, teniendo siempre en cuenta las obras del Santo y el contexto histórico.
- VACA, C., *Unidos en Cristo*. Ed. Religión y Cultura, Madrid 1968.
Amplio comentario y exposición de la Regla con riqueza de referencias y citas agustinianas, aprovechando los recursos de la psicología y sociología.
- TRAPE, A., *La Regla de San Agustín*. Ed. Religión y Cultura, Madrid 1978.
Exposición sistemática de la Regla, precedida de una introducción general al monacato y la misma Regla. Reproduce al final la edición latina, y la italiana en forma masculina y femenina.

- AAVV., *Libres bajo la Gracia*. Curia General Agustiniana, Roma 1979.
Espíritu y vida de la Orden de San Agustín en los escritos de los Papas y Priors Generales (1953 - 1978).
- AAVV., *La Búsqueda de Dios*. Publicaciones Agustinianas. Roma 1981.
La dimensión contemplativa de la experiencia agustiniana. Este libro reúne algunas conferencias excelentes sobre la experiencia contemplativa agustiniana que se dieron en el Curso Internacional de Espiritualidad Agustiniana, que tuvo lugar en Roma en Julio de 1979.
- BAVEL, Tarsicio van, *Agustín de Hipona: Regla para la Comunidad*. Con introducción y comentario. OALA, Iquitos 1986.
Excelente para un estudio básico de la Regla.
- TACK, T., *Si Agustín viviera... El ideal religioso de San Agustín hoy*. Paulinas, Madrid 1990.
Este libro trata de una manera muy práctica de la vida religiosa en Agustín, según él la propone y se vive hoy.

III. PROFESOS

1. Hombre de Dios y siervo de la Iglesia

- VAN DER MEER, F., *San Agustín, Pastor de almas. Vida y obra de un Padre de la Iglesia*. Ed. Herder, Barcelona 1963

Traza la trayectoria pastoral de San Agustín, encuadrada en la cultura y circunstancias históricas del cristianismo de los primeros siglos. Es una de las mejores reconstrucciones de la vida diaria de San Agustín y de la Iglesia del norte de Africa.

- GRABOWSKI, S.J., *La Iglesia. Introducción a la teología de San Agustín*. Ed. Rialp, Madrid-México 1963.

Estudio de conjunto bien trabajado, compuesto con rigor científico y certera interpretación de los textos agustinianos.

- CAPANAGA, V., *Agustín de Hipona, Maestro de la conversión cristiana*. BAC., Madrid 1974

Trata el tema de la conversión en las siguientes dimensiones: agonía espiritual de San Agustín; orígenes de la espiritualidad nueva; espiritualidad de la conversión continua.

- MANRIQUE, A.- SALAS, A., *Evangelio y Comunidad. Raíces bíblicas de la consagración a Dios en S. Agustín*. Biblioteca Escuela Bíblica, Madrid 1978.

El estudio se centra, no sólo en las citas de carácter literario, sino también en las ideas bíblicas. Se fijan los principios agustinianos de la vida común, basados en la "koinonia" apostólica de los Hechos. Se traza el ideal de vida religiosa dentro de la estructura de la Iglesia y de la teología agustiniana. Se estudia la doctrina del Cuerpo Místico en S. Pablo y en S. Agustín.

2. Antologías

- TONNA-BARTHET, A., *Kempis Agustiniano. Máximas de San Agustín sobre la vida cristiana*. Trad. P.F. Mier, 1ª ed. Barcelona 1935; 2ª ed. bajo el título:

San Agustín. Breviario de la vida cristiana. Ed. Litúrgica española, Barcelona 1954.

Es un tratado completo de la vida cristiana, compuesto no sólo según la doctrina y conceptos, sino con las palabras mismas del gran Doctor y Padre de la Iglesia, según afirmación de Pío XI.

La obra se divide en 7 libros, correspondiendo a los 7 dones del Espíritu Santo.

- PRZYWARA, E., *El pensamiento de San Agustín*. Trad. de V. Díaz de Tuesta, Ed. Lumen, Lima 1946.

*El pensamiento filosófico, teológico y místico de San Agustín, expresado en los pasajes más importantes de sus obras. El P. Tuesta tradujo los textos directamente del latín. El P. Lope Cilleruelo hizo otra traducción directamente del alemán, bajo el título *San Agustín*, Ed. Revista de Occidente, Buenos Aires 1949.*

- PELLEGRINO, N., *Verus sacerdos. El sacerdocio en la experiencia y en el pensamiento de S. Agustín*. Ed. Paulinas, Madrid 1966.

Expone la espiritualidad sacerdotal, basándola en el equilibrio entre acción humana y misión divina, entre contemplación y acción. El pensamiento se desarrolla con continuas citas agustinianas.

ÍNDICE

Introducción

I. PARTE

INTRODUCCION

1. Finalidad del Plan
2. A quién va dirigido
3. Objetivos generales de la Formación
4. Principios básicos de una visión agustiniana de la formación
5. Fuentes de la Formación

II. PARTE

1. Compartir la vida en Comunidad
 - 1.1 Formación para una vida de relaciones humanas
 - 1.2 Formación para una vida de amor, humildad, amistad, comunicación y armonía
 - 1.3 Formación para la vida de comunidad a la luz de los tres votos
 - El voto de pobreza o la comunidad de bienes
 - El voto de obediencia o la responsabilidad compartida en comunidad
 - El voto de virginidad o celibato
2. Compartir la búsqueda de Dios en comunidad
 - 2.1 Un camino de fe
 - 2.2 Formación para el encuentro con Dios
 - 2.3 Formación para la oración
 - 2.4 Formación en la interioridad
3. Compartir el apostolado en comunidad
 - 3.1 El apostolado como servicio
 - 3.2 Apostolado y comunidad
 - 3.3 Preparación para el apostolado
 - 3.4 Variedad de actividades apostólicas

III. PARTE

1. El contexto humano, social y cultural
2. Cristo, maestro interior, y el Espíritu Santo
3. La iglesia y María
4. El candidato
5. La comunidad de Formación
6. Los formadores
7. La Orden Agustiniana

IV. PARTE

1. Pre-noviciado
 - Finalidad
 - Medios
 - Criterios de evaluación

2. Noviciado
 - Finalidad
 - Medios
 - Criterios de evaluación

3. La etapa de la profesión temporal
 - Finalidad
 - Medios
 - Criterios de evaluación

4. El apostolado agustiniano
 - Finalidad
 - Medios
 - Criterios de evaluación

5. Formación Permanente
 - Finalidad
 - Medios
 - Criterios de evaluación

BIBLIOGRAFIA AGUSTINIANA